

Acordes menores
para Marion Cotillard

GONZALO UNAMUNO

Acordes menores
para Marion Cotillard



AÑOS
milena caserola

GONZALO UNAMUNO

ACORDES MENORES PARA MARION COTILLARD. — 1a ed. milena caserola, 2011.

100 Págs; 13x20 cm.

I. S. B. N: 978 987 1583 29 4

1. Narrativa

Contacto con el autor: gonzalo155@yahoo.com.ar

Arte y diseño de tapa: Diego Cinalli

Edición: Matías Reck / losreck@hotmail.com

Para Guillermo Wagener
20 años después, todavía.

Y entonces sé que acá me voy a quedar hasta que el día se
pase, hasta que la luz se haya ido. Y la noche, oasis mise-
rable de los perdedores,
me vuelva a amparar con su sombra.

Pablo Ramos.
La ley de la ferocidad.

1

En casa. La debacle.

El drama de mi vida empezó de la siguiente manera. Viernes a la noche, promediando las 10, mi mujer, nuevamente, me había prohibido salir, alegando que no iba a tolerar de ninguna manera una nueva resaca de mi parte que se extendiese hasta las 8 de la noche del sábado. Mi cuerpo estaba en esa etapa en la que ya no resiste que le metan tanta porquería. Algunos entenderán.

Era, además, un tiempo de confusos planteos conyugales. Dudas, agotamiento, momentos de transición, lo de siempre. En cuanto a ella, se venía sintiendo sola, un tanto abandonada, y las mañanas de los sábados se le

hacían completamente intolerables conmigo durmiendo, roncando, y yendo a vomitar esporádicamente al baño.

Llevábamos tres años de relación, pero viviendo juntos, apenas uno. Así que por evitar la inminente separación, accedí a quedarme con ella. Me propuso lo de siempre: ordenar un poco, pedir empanadas, cerveza, y ver una película juntos. Como pude, le dije que sí. Apagué el teléfono celular para que no llegasen ofertas tentadoras que hiciesen tambalear mi decisión y lo puse a cargar. Estarán de acuerdo en que apagar el celular es una sensación fantástica. Uno cree, en cuanto lo apaga, estar próximo a arribar a una isla desierta a la que nadie tiene acceso, pero con la posibilidad siempre presente de encenderlo nuevamente y, de esa manera, regresar a los ajetreos del mundo moderno.

Pedimos las empanadas y la cerveza. Llegaron rápido. Comimos mientras bajaba la película a la computadora. La película era *Enemigos públicos* y, pese a haber tenido la intención en cuanto salió, nunca fuimos a verla al cine. Pero ahora la teníamos en casa, esperando que nuestros ojitos paseasen sobre ella. A los que no la vieron, trata sobre el ladrón de bancos John Dillinger, famoso durante los años 30 de la Gran Depresión norteamericana. El papel de Dillinger lo encarna Johnny Depp. Christian Bale, si mal no

recuerdo, actúa del policía o del detective encargado de arrestarlo, y el papel de la mujer de Dillinger lo hace Marion Cotillard. Lo que algunos llaman “un buen elenco”.

Pero el drama en la vida de uno puede no tener nada que ver con el cine. ¿A qué voy? Ya les digo: habrían pasado veinticinco minutos desde iniciada la película, cuando mi mujer se para de la cama, se acerca a la computadora y pone pausa.

—No estamos pasando un buen momento. Imagino que lo sabrás. —Me dijo.

—No será el mejor, pero tampoco me parece que sea malo.

—¿No te parece malo? ¿A qué llamás malo? Puede que para vos no lo sea. Limpio toda la casa sola, hago las compras, pago las cuentas y cuando te pido la mitad que te corresponde me tratás de ladrona, dudás de mí, me pedís los tickets detallados. Cogemos una vez por semana, sin previa, sin creatividad. No le cambiás las piedritas al gato. Nunca repusiste el papel higiénico, no cocinás, no lavás los platos, no colgás la ropa, ni sabés cómo se hace la cama.

—Pienso mejorar, amor. En serio. Es verdad lo que decís, pero va a cambiar a partir de este mismo momento. Es cuestión de hacer el esfuerzo. Y no empecemos...

—Te conviene. Porque yo no pienso convertirme en la ama de casa ideal para que el señorito salga a emborracharse con los imbéciles de sus amigos. ¡Tienen treinta años!

—Salgo un sólo día del fin de semana. ¿No te parece que exagerás un poco? Te llamo todos los días a la oficina para saber cómo estás. Tengo lo mío. Cumplo a mi manera.

—Es mentira, y si fuera por vos saldrías desde el miércoles hasta el lunes con ellos. En cambio, yo tengo que rogar para que te quedes conmigo. Los pocos días que te quedás lo hacés contra tu voluntad, se te nota en la cara que nunca tenés ganas, que nunca te nace.

—Pero si acá estoy, amor. Completamente feliz de tenerte en la casa que buscamos juntos, en nuestro nidito, compartiendo cine, cama, y tu olor a lavanda.

—Estás todo el día tirado en la cama. ¿Hace cuánto que no me llevás al teatro, a comer afuera, a algún bar? Nunca más lo hiciste. Los primeros meses, cuando me querías conquistar, eras el príncipe azul. Atento, caballero, respetuoso. Ahora mostraste la hilacha, ya sos un vago

de mierda, igual que todos. ¿No era que nunca te tirabas pedos delante de nadie? Mentiroso.

—Lo sabés, amor, las relaciones van cambiando. Es obvio que ya no estamos tan arriba como los primeros meses. Sería imposible. Nadie se sostiene así. La convivencia hace estas cosas. Quedate tranquila, en serio, me voy a poner a tiro con las cosas de la casa y vas a volver a sentirte lo que sos, la mujer más increíble de todas.

—Cuando nos vinimos a vivir juntos me prometiste que cada día iba a ser especial. Que nunca ibas a dejar que la relación cayese en lo aburrido, en lo convencional. Me acuerdo tu frase “voy a pelear por vos; hay que ganarte todos los días” ¡Y mirá cómo estamos ahora! Te tengo que rogar que te quedes y con cara de culo te ponés a ver una película que no tenés ganas de ver.

—Si la película venía lo más bien. No hice ni dije nada. ¿Por qué te agarra este ataque ahora? ¿Qué pasó?

—No es ahora que empezó todo esto. Ahora exploté, pero te lo vengo diciendo hace mucho. ¿No te das cuenta? ¿No escuchás cuando te hablo? Antes me agarrabas la mano cuando veíamos una película, me hacías mimos, me ofrecías el pecho para apoyar mi cabeza.

—Ahora también, vení, volvé a la cama que te abrazo toda y vemos la película.

—Es que no quiero que hagas las cosas solamente porque te las echo en cara. Tiene que ser completo el cambio de actitud. Hoy terminamos bien, y mañana ya te olvidaste y volvé a ser el mismo vago.

—Mañana me levanto con vos y te hago el desayuno. ¿Te parece? Te propongo eso como el inicio del cambio.

—Sí, me parece, pero cuando llegue a la noche no quiero ser yo la que cocine nuevamente. ¿Viste cómo está la mesa del living? Todavía están los platos sucios que dejaste cuando vinieron tus amigos a ver a Capusotto. El cenicero sigue tal cual lo dejaron y todo lo que fumaste en cuatro días está adentro de la taza de café. De mi taza. Te marea el olor que larga.

—Mañana lo limpio. Te lo juro como que me llamo Agustín que te dejo el living de punta en blanco. Pero, por favor, relajemos, vení y veamos la película.

—Está bien. Pero si me llego a despertar y no está todo limpio y en orden no sabés la que se te arma.

—Vos quedate tranquila. ¿A qué hora te despertás mañana?

—A las 6. Tengo que bañarme y estar 7:30 en la casa de Esther para una entrevista con un paciente nuevo.

—¿A las 6? ¿Un sábado? ¿Es decir que me tengo que despertar a las 5 de la mañana para hacer todo?

—Es lo que me acabás de jurar.

—Pero no sabía que te despertabas tan temprano. ¿Te parece si lo hago un poco más tarde? Todo limpio para cuando llegues.

—Ya empiezan las excusas. Hacé lo que se te de la gana. Yo lo único que te digo es que si no aprendés a laburar para la relación, vamos a terminar mal. Y estoy cansada de decirte que me baja muchísimo la libido que no trabajes, que no busques nada para ocupar el tiempo, que apagues el teléfono cuando te llama alguien que suponés te va a pedir algún trabajo. No se puede vivir así.

—¿Y por qué te molesta eso si las cosas que tengo que pagar las pago? Yo no me meto en tu trabajo. Tampoco es tan terrible.

—Si, pasa que llega un punto en que no da para más que estés todo el día encerrado, fumando porro, tomando cerveza, escuchando música y tocando el bajo. Te acostás a la hora en que me voy. Llamo a las cinco de la tarde y estás durmiendo. Mis amigas me preguntan si no hacés nada o si vivís enfermo que estás todo el día en casa. Yo digo que estás componiendo, me da vergüenza decirles la verdad.

—Ahorré durante tres años para tener este año sabático. Te lo dije mucho antes de que nos vengamos a vivir juntos y te parecía brillante la idea.

—Pensé que iba a ser otra cosa. Cuando contabas todas las cosas en las que ibas a aprovechar el tiempo de tu año sabático parecía que ibas a estar plenamente ocupado. Nunca te anotaste en clases de inglés. Fuiste a una sola clase de teatro, ni un solo día saliste a caminar temprano, no compusiste una canción, no dejaste ningún vicio, al contrario. Si no te agunto yo, ¿quién te va a aguantar?

—No sé si sabrás que para esas cosas necesito estar preparado emocionalmente. Uno no se levanta a la mañana y dice “hoy compongo la gran canción”. Todo lleva su tiempo. Tengo varias ideas dando vueltas por la cabeza.

—Sí, Agustín, pero a las ideas hay que acompañarlas de trabajo. Y la palabra trabajo te da asco. Nadie puede componer una canción si se despierta a las 6 de la tarde y se sienta a ver fútbol con la barba de una semana y los pies arriba de la mesa. ¿No entendés? ¿Tanto te cuesta darte cuenta?

—Amor, hace veinte años que no jugamos la Libertadores, no me vengas con lo del fútbol. Vos mirás telenovelas, yo miro fútbol. ¿Cuál es el problema? El 90% de las parejas hacen lo mismo.

—Sí, y el 90% de las mujeres tienen un marido que se las coge, un marido que trabaja, un marido que llega a casa al mismo horario que ellas. Así da gusto y se perdonan el resto de las cosas. El otro día el portero me maltrató delante tuyo y te hiciste el pelotudo, tan macho que sos acá adentro.

—Yo soy artista, mujer. ¿Qué querés que te diga? Si querías al marido médico, al boga, te equivocaste de persona. Yo trabajo con las percepciones, con lo no tangible, estoy en los detalles, en la sensación, mi trabajo es crear climas, atmósferas, no puedo vestirme de traje y salir a escuchar estupideces todas las mañanas. ¿Entendés? Soy un alma sensible.

—Así olvidate de que voy a tener un hijo con vos. Siempre la misma excusa. Sos un caradura, Agustín. Spinetta también es músico y le pagan por su trabajo. No sé si soy clara. ¡Le pagan! ¿Vos, qué pensás hacer cuando se te acaben los ahorros? ¿Tocar el bajo en el tren?

—No metas al hijo que no nació en esto. Estoy en perfectas condiciones para vivir ocho o nueve meses más con los ahorros que tengo. No pienso todavía en qué va a pasar cuando se acaben. Pero te dije que nunca te iba a faltar nada y pienso cumplir con mi palabra. Algún trabajo voy a conseguir.

—Vas a terminar siendo cadete en una heladería.

—No te creas. Sebastián está por ponerse un restaurante en Palermo Hollywood. Puedo ser mozo. Alguna punta ya le tiré. No estoy hablando por hablar.

—¿Y los mozos también son artistas? ¿Artistas incomprendidos?

—No necesariamente. ¿Pero sabés la propina que te dejan en Palermo Hollywood? Puedo hacer un buen billete y con eso pagar el disco que tengo en mente hacer. Por ahora me dedico a lo mío. ¿No te encantaban los hombres que viven de su vocación?

—¡Ay! Por favor. Terminá con las mentiras. Sos un hijo de puta. Seguí diciendo lo mismo. ¿De qué disco me estás hablando? ¿Cuál vocación? Si encima sos bajista. No se puede hacer nada con esa porquería grave. Si tocases el piano, bueno, es otra cosa. Pero ¿el bajo? Es más respetable la pandereta. Decime un solo bajista que viva del bajo.

—Jaco Pastorious, Flea, Victor Wooten, Billy Sheehan, Marcus Miller. Varios más. Roger Waters, bajista e ideólogo.

—¡Pero ninguno vive acá!

—Acá tenés a Malosetti. Tiene un Alfa Romeo y vive en Recoleta. Pedro Aznar también toca el bajo, Arnedo la gasta, y Guillermo Vadalá. Los que recuerdo ahora.

—Ellos estudiaron música. Es-tu-dia-ron. Están en el ambiente. ¡Vos te juntás a tocar con drogadictos que hacen la percusión con los cubiertos de la casa, si es que tienen cubiertos!

—Eso no lo había pensado. De cualquier forma es innovador. Tiene que ver con los orígenes de la música. Si no fueses tan ignorante en la materia sabrías de lo que te hablo. Y son pocos los músicos que no se drogan. Eso no habla mal de ellos. A vos te gusta Pink Floyd y lindos drogones eran.

—Por favor, no metas a Pink Floyd en esto porque te mato.

—Bueno, los Stones lo mismo. Los Beatles, Black Sabbath, Nirvana, miles más. Hasta los Pimpinela tuvieron lo suyo. Portishead, que te encanta. Alcides, el que canta, no la dejes ir, no la dejes ir, es lindo fiestero y tiene más de 60. Goyeneche, Troilo...

—No voy a entrar en ésa, idiota. Sabés muy bien que vas por el mal camino. Cuando nos comprometimos tu mamá me dijo: "mirá que no hay devolución" ¡Cuánta razón tenía! Sos una mentira con patas.

—Por favor. Ya me estoy empezando a poner nervioso. Te propongo que terminemos de ver la película, si querés antes hacemos el amor para que no andes diciendo que

no se me para, dormimos y mañana desayunamos. ¿Puede ser que tengamos la fiesta en paz?

—¿Ahora querés hacer el amor? Sos una basura. ¿Vos te pensás que después de todo lo que te acabo de decir y de lo que estoy escuchando voy a tener ganas de hacer el amor? Cada día te entiendo menos. Sos un inmaduro. Un pendejo que nunca largó la teta de mamá. Así me vas a perder. En serio te lo digo.

—Pero, nena, ¿vos quién te pensás que sos? ¿Porque me llevás dos años te hacés la superada? Vivo con vos, pago mis cuentas, y soy feliz. Si verme feliz es lo que en verdad te incomoda, podés empezar a buscarte otro.

—Pagás tus cuentas, por ahora. Mi hermana y el novio ya se compraron la casa y empezaron a ahorrar mucho después que nosotros. Vos te tirás el famoso ahorro en joda, en boliches, en recitales, porque ni te calienta saber cómo vamos a vivir mañana. Hablarte de futuro a vos es lo mismo que decir las próximas dos horas.

—No pienso pasar a vivir como una rata de alcantarilla para pagar una casa que no puedo pagar. Ya sabés que cuando mamá venda su casa vamos a poder comprar algo. Lo único que tengo que hacer es esperar. No creo que falte tanto tiempo.

—¿Ves lo que te digo? Siempre esperando que otro te salve la vida. ¿Y si tu mamá decide no vender la casa? ¿Y si la vende y decide no darte un centavo? ¿Qué vas a hacer, eh? Sos un delirante, vivís planteándote cosas imposibles y que poco dependen de vos. ¡Hacete cargo de tu vida por lo menos! Ahora vas a ligar la casa, antes te ibas a ir un año a Europa, después de Europa era Latinoamérica, y así y así. Los pocos amigos sanos que tenés están todos casados, son gente responsable, y se burlan de vos. Te invitan cuando se juntan para que los hagás reír un rato. Después se van con sus mujeres y vos te quedás emborrachándote solo, perdido por ahí. Y lo más gracioso es que no te das cuenta. Es que te creés superior porque sos “artista”. Artista las pelotas.

—Nadie se burla de mí, y terminá de insultarme. Y aunque se burlen, ¡a mí me importa un carajo! Su vida me parece un embole. Nunca quise ser lo que ellos terminaron siendo. Es lo único en claro que tuve en mi vida. Yo me la juego. Entendelo. Vos, en cambio, siempre cumpliste con los deseos de papá y mamá de ser una profesional, una consecuente de porquería, y ahora me venís a decir a mí que soy yo el que no largó la teta. ¡Por favor! Seguí haciendo todo lo que el mundo espera de vos que bien te va a ir. ¿Tener una casa es lo más importante del mundo?

¿Desde cuándo? ¿Lo dijo Sartre? ¿Eso es, eso es lo que querés? Cualquiera puede tener, y no una, sino cincuenta casas, departamentos, autos, viajes, buen pasar. A mí me chupa bien un huevo, y que te quede claro.

—A vos todo lo que demande esfuerzo te chupa un huevo, Agustín.

—Perfecto. Como digas. Pero ya estamos acá y no voy a terminar la noche a los gritos con una necia. O vemos la película tranquilamente y cerramos el asunto, o agarrás tus cosas y te vas a dormir a otro lado. ¿Estamos? ¿Soy claro?

Finalmente después de toda la perorata llegó la paz. Algo de paz. Ella, para calmar sus ánimos, se fue a sentar un ratito al sofá con un cigarrillo y con un vaso de agua. Yo salí al pequeño patio de casa y le di un par de secas a un porrito. También me llevé un vaso con un poco de vino en su fondo. La situación era verdaderamente tensa. Intentar escapar parecía una epopeya. Ésa era la vida en pareja. Eso era, amigos. Dos días de felicidad, diez días de escándalo. Una ecuación que no le cierra a nadie.

Pasaron cerca de veinte minutos, y sin mediar palabra, los dos volvimos a la cama. Esta vez fui yo quien reanudó

la película, y con cara de serio me recosté a verla, esperando que ella hiciese lo mismo. Lo hizo. Estábamos en la misma cama como si hubiese un tercero entre medio.

La acción, los tiros, los fuegos hollywoodenses no tardaron en llegar. Pero cuando apareció en escena la vida me dio un vuelco. Así como se los digo. La vida me dio un vuelco. Sé que suena apresurado, demencial, y lo que quieran, pero fue lo mejor que me pudo haber ocurrido: Marion Cotillard. Francesa, treintañera, hermosísima. Dueña de una belleza peculiar, superadora, imposible de definir. De pronto iluminó toda la habitación. De pronto nada era más importante. El mundo empezaba y terminaba en ella. Giré apenas la cabeza. Vi a un lado de la cama, bajo el perchero que sostenía mi ropa, las sandalias de mi mujer. Pensé: los fósiles de mi universo en guerra. El gato estaba mordiendo una de ellas. Vi los pañuelos de papel abollados y llenos de moco en el piso, fruto de la alergia que el gato me provocaba, y pensé: esto no puede estar pasándome. Alguien, en algún lugar del globo, está viendo reír a Marion Cotillard, haciéndole el amor, tomándola de la mano, y yo acá, soldado raso del tercer mundo, escuchando recriminaciones de una muchachita de Parque Patricios. La gran puta madre. ¿Qué incidencia tuvo Parque de los Patricios en el desarrollo de la humanidad? Así

las cosas, las dudas existencialistas cayeron sobre mí como una catarata. ¿Para esto había venido al mundo? ¿Para aguantar los gritos, los cambios de ánimo signados por la menstruación de una mujer? ¿Para ser la mucama de los martes, yo, un artista, un creador? De ninguna manera. ¿Marion, dónde estarías? ¿Dónde, en qué lugar, bonita, podría encontrarte, llevarte a pasear, invitarte un vino, un buen recital de música?

En eso, mi mujer me mira con su mirada más penetrante. —No estás prestando atención a la película, —me dice. Y la gran puta. Me lo dijo en serio, y ésa fue la gota que rebalsó más que el vaso, el termo.

—Me voy de la casa. Hasta acá llegamos —le dije.

—No le estás prestando atención a la película.

—Es cierto. No le estoy prestando atención porque me voy de casa, lo lamento.

—Dejá de joder. No estamos para chistes. ¿Querés que la vuelva un poco para atrás?

—Me voy, amor. En serio. En ningún momento dejé de pensar lo que hablamos hace un rato. Tenés razón. Soy un dejado, un vago, no estoy a tu altura, vos sos la mujer pero también llevás los pantalones en esta casa. Y antes que terminar siendo una lacra, una inmundicia que se

arrastra convaleciente, prefiero irme. Necesito estar solo un tiempo. Replantearme algunas cosas. Me tenés que entender.

—Hijo de puta. ¿Decime cómo se llama? ¡Decímelo ya!
—dijo, dando un salto.

—¿Cómo se llama quién?

—La otra, forro. ¿Te pensás que no sé que hay un par de tetas en todo ese discurso berreta que me estás dando? Vos no movés un dedo a ningún lado sino hay una mujer. ¡Decime quién es!

—Estás completamente equivocada. No hay nadie más que vos. Nunca hubo otra. Pero tenés razón en muchos aspectos. Y creo que ya es momento de tomar una decisión. Tengo que ser fuerte. Y no lo hago porque sí. Lo hago porque quiero salvar la relación que tenemos y que construimos. Pero tengo que irme, pasar un tiempo sin vos, saber lo que es no tenerte conmigo.

—Sé que me estás mintiendo. Si creés que voy a rogarte que te quedes, te equivocás. Podés armarte un bolso, podés irte a la mierda. Pero escuchame bien: si te vas, si ponés un pie afuera de esta casa, no volvés más. ¡Acá se quedan los hombres con huevos, los hombres que se hacen cargo de las situaciones! ¡No los maricones!

—Entiendo. No es lo que quiero, porque pensaba volver, pero si es lo que vos querés, voy a saber entenderte.

—Nunca entendiste nada.

—No seas tan soberbia, por favor. Entiendo muchas más cosas de las que creés, pero necesito que vos también me entiendas a mí. Es horrible la sensación de tener casi treinta años y ser un fiasco total. Es muy duro que tu mujer te recrimine falta de coraje, de aptitud, una mujer completamente independiente, que se gana la vida y que no depende para nada de mí. Una mujer tan hermosa como vos. La mujer que amo.

—Lo único que amás es lo que el espejo te devuelve cuando lo mirás. Te idolatrás. Sos un egoísta y un cobarde. Y veo que en ninguna situación largás el discurso. Hablás, hablás y hablás. Todas palabras vacías. Una nunca sabe con qué podés salirte. Pero, Agustincito, no olvides que soy mayor que vos, que tengo mucha calle y que te conozco como si te hubiera parido, vos te vas de esta casa, pero no por la discusión que tuvimos recién. ¡Te vas porque hay otra! ¡Porque alguna de esas pendejas con las que se juntan te tiene la cabeza comida! ¡Porque no me perdonás que haya engordado tres kilos! ¡Porque siempre fuiste un mujeriego al que le calientan todas las minas!

—Vos estás loca. Cada vez entiendo menos cómo es que pudiste haberme elegido para ser tu pareja. ¿Todo eso pensás de mí? ¿De verdad creés que valgo tan poco? Me gustan las mujeres, pero te respeto. Soy muy occidental en lo que a fidelidad respecta, pero ¿en verdad creés que soy tan poco? Contestame.

—No te voy a responder eso. No voy a caer en tu jueguito semántico. El mismo jueguito semántico de siempre. Eso dejalo para los estúpidos que se creen que sos un adelantado. A mí no, chiquito. Escuchame una cosa, pedazo de mierda. Vos te vas a ir de esta casa. Ya no te queda otra. Te vas porque querés, pero si no quisieras te echo yo, ¿estamos? Así que te vas a ir. ¡Pero antes me vas a decir bien fuerte y bien clarito quién es la otra porque te juro que agarro un cuchillo y te abro las pelotas hasta que te mueras desangrado! ¿Me escuchaste? ¡Puto! ¿Me escuchaste?

—Marion. —Así se llama.

—¿Marion? ¿Qué Marion?

—Marion Cotillard.

—¿Qué? ¿Vos me estás tomando de pelotuda a mí? ¿Me viste la cara? ¡Decime cómo carajo se llama!

—Marion Cotillard. Está actuando en la película de recién. Tengo que ir a buscarla.

—Por favor, decime, si querés seguir con vida, que me estás tomando el pelo, ¡porque te voy a matar!

—No te estoy tomando el pelo. Al contrario. Nunca te hablé tan en serio en mi vida. Te puede sonar de lo más ridículo, pero es ella. Marion Cotillard. Y no puedo seguir perdiendo el tiempo. Si me querés matar, sería bueno que te apures, porque ella está ansiosa por verme. Tuve una revelación. Es creer o no creer, sencillo. No puedo seguir con mi vida si no es junto a ella. Entiendo que pienses que soy el peor loco, el peor demente que conociste en tu vida, y no vas a encontrar jamás una explicación o un hilo conductor para lo que te estoy diciendo. Acá no hay coherencia. Acá la lógica se suicida de 28 tiros por la espalda. Se trata de Marion Cotillard. Y punto. Perdoname.

—¡Ah no, esto sí que es el colmo! ¿Viste que cuando un ser querido muere, uno, pasado el primer aluvión del dolor, siente algo cercano al alivio? Bueno. Eso es exactamente lo que siento yo en este momento. Te estoy dando por muerto. Y el alivio es separar mi vida del enfermo que sos. Todavía creo que me estás cargando, nadie en su sano juicio puede creer en semejante disparate, nadie acá, nadie en el Borda, nadie en el Moyano, nadie en ninguna parte. Pero si a esta altura de las circunstancias sos capaz de hacerme una broma así, no sé qué es peor. Si eso o la

verdad. Andate de esta casa. Te deseo lo peor. La muerte, la muerte no sólo tuya, la de tu familia, la de tus amigos y la de todos los que quieras. Sos un perdedor, y los vas a ser siempre. No existís. No sos nadie, nada. Nunca vas a llegar a serlo. Por cagón. Por basura. Y sos puto, estoy segura. Te hacés mil pajas mentales con Federer y con las baladas de Pearl Jam. Lo sé.

—Está bien, no hace falta que sigas. Todos mis seres queridos van a morir, quedate tranquila. No es ninguna predicción de mi parte ni vos estás pidiendo nada del otro mundo. Nacer, morir, elemental. Son cosas que pasan. Lo único que te pido es que no me taladres la cabeza mientras armo un bolso con mis cosas. A partir de este momento sos libre, soltera, y espero seas feliz en breve.

—¡Andate ya mismo! No te lo digo más. Y gracias, muchas gracias por hacerme saber a tiempo toda esta pendejada que montaste jugando a la casita para hacerte el independiente. ¿Qué querías demostrarte yéndote a vivir con una mujer? ¿Que las tenías bien puestas? Voy a rehacer mi vida y te vas a arrepentir mucho. Sabelo. Mucho. Soy demasiado para vos. Ninguna mujer es capaz de aguantarte con ese ego, ninguna va a ser capaz de bancarse tus fobias, tu malhumor, tu sonambulismo, que hables con el aire caminando por la habitación todas las

noches. Sos un asco de persona. Sos detestable. Pero el que las hace las paga. Llevate todo lo que tengas que llevarte, y hacelo rápido porque acá no tenés más cabida. En cuanto ponés un pie afuera todo lo que dejes acá lo tiro a la mierda. ¿Se entiende?

—Está más que claro. Puede que me arrepienta. Pero es el momento más lúcido de mi vida. Jamás tuve una seguridad tan grande, lo que me da muchísima confianza. Los libros, te pido, no los tires. Todo lo demás puede ir a parar a la basura, puede ser donado.

—¿En serio creés que estás en condiciones de pedir algo? ¿De decirme lo que tengo que hacer? Las fotos, tus recuerdos, tu ropa, y cualquier cosa que olvides llevarte me voy a encargar de hacértelo mierda. Lo que escuchaste: ¡mierda! Chau, Agustín. Olvidate de mí y ojalá termines en la celda de los violadores.

Armé un bolso, el único que tengo, con las cosas básicas, necesarias, y de las que no pude llevarme, por suerte, no sentí ninguna como indispensable. Me colgué el bajo a la espalda, puse el poco dinero que tenía encima en el bolsillo, agarré mis documentos, mi pasaporte, las tarjetas de crédito, la tarjeta Banelco que custodiaba mis ahorros, y salí dando un fuertísimo portazo. El gato maulló de una

manera que nunca le había escuchado, como si estuviese al tanto de la cuestión, y me dolió no haberme despedido de él como corresponde. Quería mucho a ese gato. Todo estaba terminado. Pero hice lo que tenía que hacer. Y salí con la decisión, con la firmeza que únicamente tienen los locos cuando son dominados por un impulso enorme. Y salí, salí a buscarla.

2

En lo de Fermín. El quitapenas.

Llegué a la casa de mi buen amigo Fermín pasadas las dos de la madrugada. Antes me había detenido, con bolso, bajo, y todo, a tomar unas cervezas en el bar de un conocido mío, sobre Av. Santa Fe, a metros de Godoy Cruz. Por primera vez me sentía un *rocker* hecho y derecho. El tipo deja su casa, su mujer, sus pertenencias, y en lugar de llorar desconsoladamente o llamar al psicólogo en estado de shock, estaciona su nave emocional tras la barra de un bar y navega sin miedo a la tormenta en las tempestuosas aguas de la Quilmes de litro. Eso es rock. Así que eso fue lo que hice. Necesitaba de alguna manera

digerir todo lo que estaba pasando. ¿Dónde estaría Marion? Ese interrogante no me dejaba tranquilo y ya me había causado demasiados problemas para lo reciente que era. Mi ahora ex mujer probablemente estaría destruyendo todo lo que la hiciese recordarme en esa casa. Pero así son las mujeres y, a esta altura del partido, no hay nada que hacerle. Las mujeres y el infierno son una pareja estable que se hace más fuerte todavía cuando un pobre inocente como uno intenta colarse en su idilio. Aún así, son lo mejor que tenemos.

Fermín es uno de esos pocos amigos con quienes uno puede contar cuando realmente los necesita. Primero, porque es buena persona, segundo, porque trabaja desde su casa, porque siempre se lo encuentra ahí.

Le toqué timbre insistentemente, como hay que hacer con todo vendedor de drogas a esas horas. La voz que primero salió del portero eléctrico fue la de una mujer con acento marcadamente peruano, a la que yo no conocía.

—Soy Agustín, amigo de Fermín. —le dije.

—¿Y con eso qué? —fue todo lo que obtuve por respuesta.

—Bueno, necesito verlo, urgentemente. No es por nada *del asunto*. Son cosas personales.

—Está durmiendo, no puedo abrirle. A esta hora ya no más.

—Por favor, necesito verlo. Vamos, causita, haceme la inmensa gauchada de decirle que Agustín está abajo, que tiene que verlo. Agustín Pifie.

—Ya, ya, vale. Ahoríta nomás le digo. Estese ahí.

—Dios la salve, bonita.

Esperé unos segundos que se hicieron eternos, pero finalmente el timbre que alguien pulsó desde arriba hizo que cuando empujé la puerta ésta se abriese. Pensé: Fermín no me dejaría tirado nunca. El edificio, sin ascensor, me llevó por su empinada escalera hasta la puerta del departamento de Fermín. Fue él quien la abrió. Estaba en calzoncillos y medias, únicamente, pero no parecía recién levantado, sino más bien alguien que está por acostarse.

—Fermín, querido, estoy en el horno. Disculpá que joda a estas horas, pero no estoy nada bien, hermano. Está el infierno, la línea que indica el fin del mundo, y pasando eso estoy yo, juntando la basura.

—Me imaginé que algo andaba mal. Vení, vamos a sentarnos a la cocina. Contame qué pasó.

—Me separé de mi mujer. Discutimos fuerte hoy, pero llevamos meses discutiendo y a las puteadas. Pero no es por eso que me separé. La dejé por otra, en verdad.

—Nada que no pase a menudo. Abrite una cerveza. Están en el freezer. ¿Y ahora qué? ¿Venís a dormir acá, a pedirme plata?

—No, nada de plata. Lo único que necesito es que me escuches. Nada más, pero nada menos.

—¿Para qué están los amigos, sino? Igual, te aclaro, hacela corta, que ya me estaba por ir a dormir. Pero hay un cuarto a disposición si no tenés lugar donde pasar la noche. La Rudy duerme conmigo.

—No sabés lo que te agradezco. Escuchame: necesito Internet. Necesito saber cuánto sale un pasaje a Francia y necesito irme urgentemente para allá.

—¿A Francia? ¿Para qué querés ir a Francia? ¡Eso no puede ser tan urgente!

—Lo es. Creéme que lo es. Tengo que ir a buscar a la mujer de mis sueños, así me lo dicta andá a saber qué mano misteriosa del más allá.

—Ah, Agustín, ¡no te puedo creer! ¿Para eso me tocás timbre a esta hora? ¿No podía ser mañana?

—Mañana puede ser tarde. Es ahora o nunca. Te estoy hablando de una mujer increíble, una mujer a la que no podrías mirar a la cara.

—¿Pero qué, tan fea es?

—Todo lo contrario. Es la octava maravilla del mundo. Es una actriz. Piernas, boquita, dientes, cintura, manos, facciones, todo meticulosamente soltado al cosmos para enloquecerme.

—Mirá. Te tiene loco. ¿Una actriz famosa?

—Sí. Marion Cotillard.

—¿Y ésa? ¿Qué películas hizo?

—No importa. Que vos conozcas, no tengo idea. Hace de Edith Piaf en *la vida en rosa*. Es famosísima en el exterior, gana fortunas, y me enamoró completamente.

—Esto es lo más ridículo que escuché en mi vida. No me tires la ceniza al piso, ahí tenés el cenicero.

—¿Lo pensás en serio? Quiero que seas muy sincero conmigo, Fermín. ¿En serio pensás que es ridículo?

—Claro que lo pienso en serio. Viajar a Francia por una pollera es ilógico. Una locura. Y aún entrando en el plano de tu locura, podría tratarse de alguien más accesible y entonces sería sí, una locura a medias. ¿Vos hablaste con ella, se vieron, tenés algún modo de contactarte, algo?

—Nada en absoluto.

—Es decir que vas a bajarte en el aeropuerto y listo. ¿A buscar el arca perdida, así como así?

—Exactamente eso. Nada más. De momento, no puedo hacer otra cosa. Si se te ocurre algo, soy todo oídos, te escucho.

—Se me ocurre recomendarte que te tires a dormir acá o que vuelvas a tu casa o que llames a algún amigo para despejarte, porque evidentemente te estás volviendo loco. No sé si estás borracho, fumado, o qué, pero estás loco.

—Eso tiene sus ventajas.

—No creo que sea el caso. ¿Y tu mujer sabe que la dejaste por esta estupidez? Quiero suponer que no te habrá dado la cara para darle esos motivos.

—No llames a esto una estupidez porque muy probablemente me termine costando la vida.

—Puede costarte la vida y no dejar de ser una estupidez.

—Lo sé, pero necesito que me ayudes. Que me des ánimo y que no creas que estoy haciendo algo completamente absurdo.

—Es difícil lo que pedís. También me pediste sinceridad y te la doy. Pero si te sirve de algo, me presto al juego lo que dure esta cerveza y después me voy a la cama, ¿sí?

—Como quieras. ¿Tenés Internet? Yo voy a entrar en despegar.com o donde carajo haga falta, voy a sacar un pasaje a Francia y me voy a ir a buscarla.

—Y si nunca hablaste con ella ¿cómo sabés si vive en Francia? Puede vivir en cualquier otro lugar, puede estar de viaje, puede estar casada y vivir rodeada de guardaespaldas que no te dejen acercarte ni a cinco cuadras de distancia. Aparte, no entendés un carajo de francés y eso a las francesas no les gusta.

—No. Es verdad que no entiendo ni medio de francés, pero tengo el bajo. La música es un lenguaje universal.

—¿Y qué pensás hacer con eso, con moverla?

—Es una de las opciones. Tengo unos acordes pensados para ella. Para su canción. Unos acordes menores muy profundos, contundentes.

—No sabía que en el bajo se pueden hacer acordes. Perdón por la ignorancia. Me imagino que con eso podés llegar lejos. Ja ja.

—No sé, Fermín, no sé. Lo que sé es poco: Tengo ahorros como para vivir en Argentina pagando alquiler y expensas durante nueve meses. Esa cantidad de guita, trasladada a los valores de Francia, puede durarme con suerte tres meses.

—Y menos también. Si tenés que moverte y eso...

—Entonces me durará menos. El Euro se fue a las nubes. Me las tengo que ingeniar para pegar un laburito de pocas horas a la mañana y ya después dedicar el día a encontrarla.

—Como amigo, no puedo dejar de decirte que me parece una locura. Es insólito lo que planteás. Cualquiera se te cagaría de risa en la cara si se queda más de un minuto a escucharte.

—Es insólito, pero por otra parte es lo único que puedo hacer. Ir a buscarla. ¿Cómo haría, sino?

—Es que a nadie se le ocurre hacer esas cosas, Agustín.

—A nadie se le ocurren, perfecto. Se me ocurren a mí y con eso sobra. Me fastidia el concepto de lo inalcanzable, de lo inaccesible. Somos seres humanos, compartimos el mundo, tenemos la misma cantidad de dedos, de ojos, y no sé si hasta de dientes. No entiendo por qué todos encuentran tan ilógica la idea de salir a buscar a un simple ser humano como cualquier otro.

—Porque no es un ser humano como vos o como yo. Es un famoso. Y eso tiene sus costos. ¿Por qué tu mamá no se casó con James Dean?

—Porque no se casó con James Dean. Esa es la respuesta. Porque no lo hizo. Porque las cosas que no ocurrieron simplemente no ocurrieron.

—¡Por Dios, qué terco estás hoy!

—Es que me niego rotundamente a aceptar que estoy marginado de por vida, que tengo que contentarme con ser un paria. ¡Cómo voy a tener a una mujer negada sólo por no ser un actor famoso, premiado, y millonario! Si no quiere estar conmigo, si no soy su media naranja, si no somos compatibles, si le produzco rechazo, que me lo diga. ¡Ella, que me lo diga a mí! Pero necesito mi oportunidad. ¿Nunca te vas a cansar de amores obvios, de relaciones trilladas? ¿Si el no ya lo tengo, por qué no hacer el intento?

—Porque el intento te sale miles de dólares, querido. Querés hacer el intento, hacelo. No voy a discutir más por este asunto. La única manera que tenés para que yo deje de pensar en que esto es absurdo es cogiéndotela un buen rato. Cuando eso pase, venís, me lo contás, y te aplaudo de pie. Mientras tanto, me sigue pareciendo la locura más grande que escuché en la vida.

—Mirá, te voy a contar una anécdota. Un verano, yo tenía diez u once años, estaba comiendo con mi familia en un restaurante en Punta del Este. En ese momento papá todavía vivía. Cerca de los baños del lugar, había unas mesas con juegos para los chicos, y ahí nomás, pegadito, unos sillones con revistas para que los adultos pasasen el

rato mientras supervisaban a los hijos. Yo, en lugar de ir donde iban los chicos, fui directamente a los sillones esos, y agarré una de las revistas. En la tapa, una letra imprenta gigante decía algo similar a “la princesa de Mónaco, Charlotte Casiraghi, veranea con su madre en Aspen”. Debajo de ese titular estaba la foto de la princesa. Ella tenía en ese momento nueve o diez años. Siempre recuerdo que tenía uno menos que yo. En el mismo momento en que vi la foto me enamoré tanto de Charlotte que me hice pis en los pantalones. Así como te lo digo. Me hice pis encima y fui corriendo hasta la mesa donde mis papás tomaban el café con la revista en la mano. Les hice la siguiente declaración: “yo quiero conocer a esta chica. Me gusta mucho” Recuerdo que mi mamá puso la sonrisa que ponen los adultos cuando los chicos dicen algo que por su corta edad todavía no asumen como imposible. Pero mi papá me agarró del brazo y me dijo al oído: “y bueno, tendrás que ir a buscarla algún día.” “¿Pero no está muy lejos?” pregunté yo. “Lejos no hay nada” me respondió él. Después de esa respuesta la puerta quedó para siempre abierta, Fermín. Y siempre va a estarlo. Entendí que todo depende de uno y de nadie más. Si Guillermo Vilas se tiró a la madre de Charlotte, ¿por qué no voy a poder yo con la hija?

—Veo que tu delirio con mujeres de ese palo no es nuevo.

—Me gustan los desafíos. Soy capaz de probarme en todo. Y con esto no quiero decir que no me interese otro tipo de gente, no confundamos la paja con el trigo.

—¿Puedo saber qué opina tu mujer?

—Corrijo: mi ex mujer. Opina que soy un demente y me desea la muerte.

—Lo sos.

—Lo soy, me porté muy mal con ella. Pero no tengo salida, hermano. Se acabó la buena etapa de la vida. Ahora sí a yugarla.

—Ella también se había portado mal con vos. No te olvides cuando la encontraste de la mano con el profesor del gimnasio a la salida de la sala de ensayo.

—Claro que no me olvido, pero no viene al caso. Si uno perdona, uno concede. Uno opta por la reincidencia. Yo perdoné y acá estoy. Loco de amor por Marion Cotillard. En fin. ¿Se puede sacar otra cerveza? Vi que quedaba una.

—Dale, mal de amores, sacate una y terminamos.

—Nunca me respondiste si tenés Internet. Entre tanta cerveza se me va pasando el tiempo. Necesito, aunque

sea, una reserva de hostel, una idea remota de lo que pienso hacer.

—Internet tuve, pero de tantas veces que se me cayó el servidor lo saqué al carajo. Trato de tener lo mínimo indispensable acá. Viste cómo es esto.

—Tengo también que averiguar quién es el enemigo.

—¿El enemigo?

—Sí. Saber si está casada, quiénes fueron sus amantes. Y tengo que indagar otras cosas, como qué tipo de temperamento tiene. Son cosas que pueden servirme llegado el momento del encuentro. Si se da, tengo que estar con la guardia alta, listo para entrar al ring, nada de improvisaciones.

—Entiendo. Pero ya te dije que no tengo Internet. ¿Por qué no esperás hasta mañana y te fijás en algún otro lado? Esta zona está llena de lugares con computadoras.

—Pero ocurre lo que te dije, mañana puede ser tarde.

—¡Pero si ni siquiera sabés en dónde está ni dónde chota vive! ¿De qué estás hablando, Agustín?

—No sé muy bien. Son los momentos en los que me guío por lo que dice el instinto, que no es otra cosa que el corazón galopando fuerte.

—Bueno, más no puedo hacer ni por vos ni por tu situación. Te ofrezco alojamiento, y que mañana veamos el partido juntos.

—¿Qué partido hay mañana?

—¿Cómo, qué clase de hincha sos? Independiente-Vélez, a la tarde.

—Sabía que jugábamos con Vélez, pero creía que era el domingo, no mañana.

—Es mañana a las tres de la tarde. Así que ya sabés. Podemos verlo juntos si querés.

—Si estoy acá, puede que lo veamos. Quisiera tener un lugar donde sentarme a componer. Tengo los acordes retumbando en la cabeza. No sería para nada productivo irme a dormir con el apuro que tengo. Dormir es perder el tiempo para no ganar nada. El cuerpo lo necesita, dicen. A mí no me interesa.

—Y no duermas.

—Vos tenés lo necesario para que eso no pase. Te pago, no te estoy mangando.

—Olvidate. No le vendo droga a los amigos.

—¿A los amigos que la necesitan tampoco?

—A ningún amigo. Para ellos es gratis. Además, te conozco. Si no te llego a dar me vas a enloquecer.

—Me vas a convidar porque entendés mi situación, no más que eso. Nada de enloquecer a nadie. Traela, dale, que me peino una raya.

—Acá tenés. Y aunque cueste, una sola, eh. No quiero pasados de mambo en casa.

—No te olvides, Fermín, que no sé hacer canutos. Dame una última manito, hazlo vos.

—Todavía no sabe el hombre. Acá tenés uno. Ahora sí, déle nomás.

—Gracias, amigo. Lo necesitaba de verdad. Con lo que queda de cerveza la puedo bajar un poco. ¿Es buena ésta?

—Es lo que hay.

—Entiendo.

—¿Mirá si a la famosa actriz le gusta la merca?

—Si le llega a gustar, está todo dicho. ¿Vos no tomás?

—No estoy en esa hace rato, Agustín. Y me estoy por meter en la cama.

—¿Y yo? ¿Qué se te ocurre que pueda hacer?

—Tenés acá a unas cuadras el Salón Pueyrredón. Lo conocés bien. Es lo mejorcito a esta hora. Ya son las cuatro y monedas. Metete ahí que están hasta las nueve de la mañana. Yo te presto mi llave. Mientras esté la Rudy con-

migo, me puedo mover, ella tiene llave, no hay drama con eso.

—Fermín, Ud. Es un fenómeno. Todo esto te lo voy a agradecer con un asado en casa, pero lo vamos a hacer allá, en Francia.

—Como vos digas, loco de porquería.

—Me comprometo a cumplir. Y no voy a volver tan tarde. Dejo el bolso y el bajo en la habitación.

—Ningún problema. Cuidate y tomá, llevate una bolsita, no te puede faltar, con esa camisa que llevás parecés Tony Montana en sus inicios. Hay que tener. Hoy las minas toman tanto como los hombres, y a ellas las pone cachondas.

—Es verdad, te la acepto sólo por eso. Y Tony Montana serás vos, yo sólo consumo. Abrazo, amigo. Gracias por todo.

Una vez afuera compré cigarrillos. Pensé: está mucho más fresco que cuando vine. El salón Pueyrredón seguía exactamente como lo recordaba. La misma escalera, la misma clase de gente y la misma reflexión que tuve siempre al entrar a ese lugar: no había, de ninguna manera, material humano como para recuperar las Malvinas. Los

muchachos fanáticos del *London Calling* estaban todos ahí metidos. Eran los húsares de Joy Division. Parecía una fiesta que se daba en la casa de una vestuarista de los años 80. A mí, a esa altura de la madrugada, me venía excelentemente bien embeberme de música. La canción con la que deslumbraría a Marion Cotillard estaba a medio hacer en mi cabeza. Una melodía compuesta de acordes totales, brillantes. Solo necesitaría un poco de paz, de silencio, agarrar el bajo y dar rienda suelta a mi talento. Una vez hecho esto, el asunto de los pasajes a Francia sería un trámite sencillo. Mi pasaporte no tenía más de dos años y toda la plata de mis ahorros descansaba en el Banco.

En cuanto entré al boliche fui directamente al baño. Había tantas mujeres dentro del baño de hombres y tantos hombres dentro del de mujeres, que parecía una feria unisex. Al menos el joven que estaba sacando el pito afuera con una mujer arrodillada a sus pies me pidió disculpas. La escena no se prestaba para mucho. Era tomarme dos saques rápidos con esa acción delante de los ojos o era no hacer nada. Por ningún motivo se los veía dispuestos a dejarme hacer mis cosas sin ser visto. Así que me decidí exhibir públicamente mi condición de merkerero. Pero antes de que mis dedos diesen contra la bolsa en mi bolsillo trasero, la chica arrodillada a los pies del otro me bajó

también a mí la bragueta. El fideo cumplió. Se me paró pese a haber aspirado en lo de Fermín. Todavía tenía algún resto de dignidad. El joven a mi lado se reía sin parar y sin ningún motivo evidente. En un momento dado, mientras la chica nos chupaba la pija alternadamente, me puso un brazo sobre los hombros. Creí que era para sostenerse mejor, equilibrio, pero no: quiso darme un beso en la mejilla. Mi manera tan brusca de correrle la cara le impidió hacer un nuevo intento, y se quedó en el molde. El problema fue que la chica también lo hizo. No hay nada peor que no llegar a acabar cuando te están haciendo un pete. Es infernal la opresión que se siente cuando esto ocurre. Pero se puso de pie sin dar ninguna explicación, se corrió unos pelos de la cara y rió anchamente, como el Guasón, con quien tenía cierto parecido.

Por suerte el pibe sacó una bolsa de la billetera y me ofreció. Parecerá de tacaño, pero nunca me gustó mucho convidar de la mía. Me di dos toquetazos, uno en cada orificio, y salí antes de encontrarme con un nuevo episodio bizarro de los que ocurren allí adentro.

Ya frente al viejo escenario, clásico del Salón pero ahora inutilizado, donde se concentraba la mayor cantidad de gente, tuve que pegar algunos empujones para poder conseguir mi ansiada botella de cerveza. Pero lo hice con

el éxito esperado, mientras por los parlantes rugía *Inbetween days*, de los Cure. Cuando por fin la tuve, víctima de una paranoia inexplicable, la agarré con ambas manos y me la llevé al apartado rincón del lugar en donde pensaba pasar el resto de la noche. Una vez ahí recomencé punto por punto el plan de conquista. Averiguaría en qué ciudad del mundo vivía Marion. Sabría los nombres y oficios de sus seres queridos, su signo zodiacal, su comida favorita, su música preferida, su perfume habitual; el talle de sus zapatos, de sus vestidos, las medidas de su cuerpo, sus defectos y sus virtudes, sus pasiones, sus secretos...

3

En Plaza Italia. El abismo.

Con el sol no hay caso. Pensé: es como las putas, siempre está. Decimos que “sale”, pero esto no es cierto. Siempre anda por ahí, viéndolo todo, y nosotros nos acercamos y nos alejamos de él cada ciertas horas. Es él quien nos indica que si son las nueve de la mañana y uno todavía está dando vueltas por la calle, algo, inequívocamente, anda mal adentro nuestro. La verdad diría que es una tradición cultural o un programa del facho de Rolando Graña quienes lo determinan, y no el sol, pero qué importa.

Yo salí del Salón Pueyrredón sin entender bien cómo ni cuándo, duro, colocado, culpa de la dama de blanco, y ahí

estaba, indiferente a todas nuestras humanas idioteces, alto en el cielo, el sol. Los egipcios tenían razón.

Me quedé estático sobre la vereda, de cara a la Av. Santa Fé, y se sucedieron ciertas cosas extrañas, que sería un pecado no contarles. La primera es que creí escuchar la voz de mi mamá viniendo desde la ultra tumba, desde el fondo mismo de la vida y no una, sino varias veces. Decía mi nombre con tono desesperado. Me llamaba: ¡Agustín! ¡Agustín!, hijo, hijo mío...

La segunda, que no llegué a entender jamás, es qué carajo estaba haciendo yo de frente al kiosco de diarios y revistas que todavía existe en la puerta del Salón.

El hombre que lo atendía me miraba con la peor cara que podía mostrarle a alguien. Lo sé. Pero es ahí donde empiezan mis recuerdos nítidos. Me puse a observar qué tipo de revistas eran las que circulaban entonces, buscando comprender el gusto los compradores. Algo que no había hecho en años. Me llevé una pequeña sorpresa: las revistas pornográficas ya no venían con la cinta negra que antes tapaba las partes íntimas de los fotografiados. Éste es un punto importante. Cuando yo tenía trece años y salía del colegio a la hora del almuerzo, buscaba dar a toda costa con la mayor cantidad de kioscos de revistas posibles. Del lado externo, mostraban sus secciones porno,

pero siempre recubiertas con una cinta negra. Si eras chico, tenías que pasar varias veces para comprender las escenas. En cuanto las veía, el motor de mi imaginación se encendía rugiendo, mi pene arrancaba el auto, manejaba un ratito y estacionaba en un cálido baño de semen. Siempre era así. Siempre. Ahora eso es prehistoria. Los chicos, en la actualidad, ven todo sin ningún tipo de problema. Incluso las revistas, supuse, ya se habrían convertido en una costosa excentricidad. Teniendo Internet, las revistas porno son sólo para fetichistas o coleccionistas de huesos. En ese momento pasó a mi lado un grupo de pibes que supuse tendrían la misma edad que yo en la anécdota, trece años, y me sentí avergonzado por encontrarme ahí parado mirando pornografía. A los pocos pasos habrían hecho algún chiste que me tenía por protagonista. Pero no sentí bronca, ni les envidié nada. Sinceramente. Ni a ellos ni a su época. Para mí, era fantástico llegar al colegio y abollar latitas de Sprite o Coca Cola, jugar con ellas al fulbito, tener helado Patalín en los veranos, poder saborear los caramelos Fizz, que crujían en tu boca, los Sugus masticables y confitados, los chicles Puaj, los Bazooka que venían con chistes; las galletitas Rumba, las que se pedían por gramos. Sí, juventud de hoy día: en los almacenes uno podía mezclar todas las galletitas que qui-

siese en una bolsa; Sonrisas, Boquita de dama, Melba, etc. Estaban los alfajores Suchard punteros en el campeonato y el alfajor Cabsha, que se fue al descenso temprano, a los pocos meses de vida.

Pero también eran los tiempos de los gladiadores del aroma: perfumes Paco, Pibes y Mujercitas. Es muy importante que lo sepan los pendejos. Mi generación podrá decirlo para contrarrestar cualquier ataque de la modernidad: vimos nacer al Milka Lila Pause, al helado Torpedo, de frutilla y de limón, a la versión nacional y popular de los M&M, los Rocklets, a las Oreo bañadas en chocolate, al Lengüetazo, a las gomitas Yummy, al postre Shimmy. No es joda, muchachos. Y todo esto estaba al alcance de la mano, todo. Más si uno era del proletariado. Y si no lo era, si uno no se inmiscuía en porquerías proletarias, tenía el huevo Kinder Sorpresa, otrora a 1\$ peso, las pastillitas Nerds, que pagaban el sueldo a todos los dentistas del país, el chocolate Twist, el Snickers inmortal (importado).

Y entonces fue que sentí, después de todo ese paneo general de época, unas infernales ganas de darme vuelta, correrlos y gritarles: "¡Qué se van a reír de mí, pedazo de estúpidos! Escuchen y muéranse de envidia: cuando yo tenía su edad, Pancho y coca, 1.50\$, Quilmes de litro, 1\$ peso con envase, Philip Morris de diez, 80\$ centavos, el

Cospel (ahora el Subte es con tarjeta, ellos ni saben lo que es) 50\$ centavos”.

Convivían en el pelotón del éxito el yo-yo magic, los Caballeros del Zodíaco, el Tamagotchi, Dragon Ball; Tinelli era relativamente pobre, se usaba el Sony Walkman, que si te lo tiraban por la cabeza te abrían el cráneo, el teléfono celular era una cabina, una sucursal de Telefónica, 7\$ pesos entrada con consumición en cualquier boliche, 1.60\$ la bajada de bandera del taxi; Maradona dejaba el mundial 94 escandalosamente, en su esplendor andaban Batistuta, Cannigia, El Dani Garnero, El Beto Mársico, el Turu Flores, el diablo Montserrat, el morrón Rotchen, Farid Camilo Mondragón Alí, el Palomo Usuriaga, Pascualito Rambert, El polaco Arzeno, José Luis Félix Chilavert González, José Chamot, el colorado Mc Alister, Gustavito López, ¡y ahora resulta que nos la quieren venir a contar estos mocosos cualesquiera e insolentes! ¡De qué me están hablando, eh! Se van a reír de mí. ¡Pelotudos!

Por supuesto que no grité nada, sinceramente no estaba en condiciones de hacerlo. Y es verdad que también, como toda generación, vimos grandes decesos. Pero esos, si les parece, los dejamos para otro momento, no busco dar golpes bajos ni que se le plante un lagrimón a nadie, porque lo que sigue no es tan bueno.

Con tanto recuerdo, el azul metálico de la pared lateral del kiosco de revistas parecía el muro de los lamentos y yo un peregrino hablándole en voz baja. Efectivamente era así y tras la última de mis reflexiones fui sorprendido por la chica con la que había mantenido ese confuso episodio en el baño, pidiéndome, casi en tono de súplica, unas monedas para el colectivo. Lamentablemente no tenía ni una sola moneda en los bolsillos, y se alejó de mí a las puteadas, ofendida porque me había lamido la verga y yo no era capaz de una mínima retribución. Un argumento lógico que me llevó a no contestarle. Pero haberme distraído de lo que estaba pensando fue un verdadero acierto por su parte. Algo por lo que le estoy y le voy a estar siempre inmensamente agradecido. Mis ojos cayeron en el lugar indicado, en el momento indicado. Entre tanta porquería expuesta, en contacto con una revista que tenía a Marcos Di Palma levantando un trofeo, veo lo que creí era algo imposible de ver. Tal es así que me pasé las manos por los ojos. Me froté fuerte. El corazón se me aceleró, y estuve a punto de irme de boca al piso. Se los juro. Una revista que exhibía en su tapa el siguiente titular: "Todo sobre la ganadora del Oscar, Marion Cotillard. Su vida, su dura infancia, el éxito prematuro: Estoy soltera. Busco reencontrarme conmigo misma". Así que, crease o no, ahí

estaba ella, recordándome cuál era mi verdadera misión en la vida, impidiendo mi desvío temporal, con la sonrisa más conmovedora del universo, alzando la estatuilla del Oscar la noche de la entrega del premio. Inmediatamente pagué los 8\$ pesos que costaba la revista. Las manos me temblaban tanto como las rodillas, y antes de hurgar en la vida de Marion, me encendí un cigarrillo. El cigarrillo yeta. Encenderlo: justamente lo que no tuve que haber hecho. Porque alguien me reconoció.

—Ey, amigo, vení un segundito.

—Decime, ¿te conozco?

—No, no nos conocemos. Pero allá un amigo me dijo que vos tenés milonga.

—¿Un amigo? ¿Qué amigo?

—Ta allá, sentado en la placita. Dice que estabas tomando en el boliche.

—Amigo mío no es. ¿Cuál decís, el que está abajo del cartel de Plaza Italia? No lo conozco.

—Ya sé, pa, no te atajés, vamos para allá y nos convidás un poco. Nosotros tenemos un vino.

—¿Cuántos son?

—Dos; él y yo.

—Bueno, pero rápido, que son casi las diez de la mañana y me tengo que ir. Estoy atrasado y hace dos días que no duermo.

—Nosotros tampoco, pa. ¿A dónde vas un sábado a la mañana? ¿Hay alguna joda?

—Tengo que terminar un laburo.

—Uh, bajón. ¿Dónde laburás?

—Laburo independiente. Soy músico.

—Ah, muy tranqui, ¿y qué, tenés que tocar ahora a la mañana? ¡Si ta todo el mundo durmiendo!

—Tengo que terminar un asunto que me pidieron para Francia. Me voy para allá en cuanto tengo un rato libre.

—¿Francia el país o la plaza?

—El país. Me mandan los pasajes y me pagan la estadía.

—Ah, groso lo tuyo. Bien ahí.

—Para nada. Sólo que tengo que terminar este trabajo cuanto antes.

—Che, Pablo, éste es un músico famoso.

—No, no soy famoso. Agustín, un gusto.

—Pablo, encantado. Nos vimos en el baño.

—Me dijo tu amigo... ¿nombre?

—Fernandito me llamo, como el Ferné.

—Así que músico, ¿tocás en banda o tocas solo?

—Tuve banda, pero dejé hace un tiempo y nunca más. Ahora hago la mía. Es mejor, tenés más libertades.

—¿La viola tocás?

—El bajo.

—¿El de cuatro cuerdas es ése?

—El mismo.

—Tomate un trago. Está bueno, de mañana se pone suave.

—¿Qué vino es?

—No tiene marca, lo hace un conocido de mi hermana.

—¿Che, y de lo tuyo se puede probar un poco?

—Tomá, pero que no te vea nadie, por favor, si llega a caer la cana voy frito.

—No pasa nada con los ratis. El poli de acá es amigo.

—Te creo, pero siempre es mejor ser precavido.

—Y sí, más vale, no vamo a andar ventilando.

—Por eso.

—Che, ¿y venís siempre a bailar acá?

—Antes venía mucho, ahora vine porque estoy parando en lo de un amigo acá nomás. ¿Vos?

—Na, yo entro así de querusa porque las minas están todas locas ahí adentro y porque cualquier problema salgo y me hago unos manguitos laburando acá, en los se-

máforos. Yo soy de provincia, zona sur, de Lanús. Pero hace bocha que no voy para allá.

—Claro. Ta fresca la mañana, eh.

—Taría para estar en una camita tomando mate, no acá en la yeca.

—¿Y, cómo fue lo tuyo?

—Bien, se me está durmiendo la boca. Parece buena falopa.

—Es lo que hay.

—¿Che, y esa revista que tenés ahí? Pasala.

—No. Esta revista contiene prácticamente todo mi futuro.

—Ah, mierda. ¿Y eso qué quiere decir?

—¿Ven a estar mujer? Bueno, es una actriz muy importante. La estoy por ir a buscar a Francia.

—Fulerita la mina.

—¿Cómo fullerita? No digas eso. Es impresionantemente hermosa. ¿Esto te parece fulero?

—Y...mucho teta no tiene. Parece medio amargada. Malcogida.

—¡No tenés idea lo que estás diciendo! Es una mujer fina. Con estilo. En un caso como el de ella, las tetas son completamente prescindentes.

—¿Presin qué?

—Prescindentes; que puede tener como no tener y da siempre lo mismo. Ella es hermosa por otras cosas.

—¿Qué cosas?

—No sabría explicarlo. ¿Para vos, por ejemplo, los chocolates son todos iguales?

—No sé, pa. Hace años que no como chocolate.

—Bueno, a ver, ¿para vos los vinos son todos iguales? ¿El Termidor te parece lo mismo que el Ruttini?

—¿Ruttini? ¿Qué mierda es eso?

—Bueno, dejalo ahí. ¿El vino Termidor, el tetra, el de cartón, te parece lo mismo que tomar vino de botella?

—En cartón es más cómodo.

—En fin. No importa. Te quería decir que ella es como tomar un buen vino de botella. Es un lujo. Además es francesa. Las francesas tienen un acentito cuando hablan que te desarma por completo.

—¡Cualquiera! Dejá de mandar fruta. Estás pirucho.

—Lo estoy. Por eso les decía que tengo que ir yendo. Tengo que componerle una canción. Miento. La canción está compuesta en mi cabeza, pero es momento de trasladarla al instrumento. Si no hago esto, no voy a tener chances con ella. Tiene mucha guita y no es fácil de ganar.

—Uh, flaco, pero cómo te tiene, ¿estás así por culpa de la merca ésa que tomás? Avisame así sé cómo voy a terminar.

—No es gracioso, y devolveme la bolsa que ahora quiero tomar yo.

—Tomá, pa. Muy buena.

—Gracias. Probé mejores, pero sí. Ésta es buena.

—Hace rato que no veía a ninguno tan pollera como vos.

—Puede ser. Anoche o anteanoche, ya no me acuerdo ni en qué día estamos, la dejé a mi mujer por este tema. Así que imaginate si estaré jugado. Si estaré pollera.

—Uh, guacho, qué zarpado, te debe querer matar.

—Claro que me quiere matar. Pero el amor, cuando llega, se queda con todo. ¿A ustedes nunca les pasó de enamorarse locamente y perder la cabeza?

—¡Se, qué no! A mí una vez una guachita me hizo irme hasta Misiones y después me dejó re tirado. Ella acababa de llegar a laburar acá a un puterío, yo la conocí en la calle y me la culié un rato. Le saqué el teléfono y trasca nos empezamos a ver cuando dejaba de laburar. Entonces le dije que se viniera a parar a casa, si quería, para no estar pagando ese telo roñoso, y de toque me enamoré. No pasan unos meses que ¡pum!, se le muere la madre y tiene

que ir a Misiones a las chapas. Tácate, todo bien, hablábamos todos los días por teléfono, ella taba con el tema de los papeles y no sé qué historia, que le digo: loco, no aguanto más, me voy para allá a buscarte. Dale, que venite, que te amo, que te extraño, que no hay problema, que pim que pam. Cuestión, llevo a Misiones un día que llovía que te pegabas una cagada terrible, voy a la dirección que me había pasado y ¡sácate! ¿Con qué me encuentro? Con tres viejos chupando yuyos en un patio atrás de una rejita, que me dicen que la mina se había ido el día anterior con un paraguayo a Paraguay. ¿La podés creer? ¡Así que mirá si no me habrá pasado lo mismo que a vos!

—Mierda, qué historia, viejo. Terrible lo tuyo. Te fuiste hasta Misiones al pedo.

—Bueno, pa. Vos te vas a ir a Francia al re pedo y tamos todos escuchándote.

—Al pedo, no. Esperate a ver cómo me va. En una de ésas me terminan viendo en este tipo de revistas y se van a querer matar. Y desde el vamos, mi persecución tiene más glamour. Esta mina seguro que no termina en Paraguay.

—¿Qué significa galmú?

—Es como decirte que es una historia más cheta, más copada. Un músico persigue a una actriz para mostrarle la canción que compuso para ella. Otra cosa. De otro palo.

La tuya vino acá a laburar de trola, te hizo ir hasta Misiones y encima te dejó tiradísimo.

—Eh, no bardiés. ¿Sabés lo que pasa? Vos sos un pibito bien, se nota eso. Encima tas re loco, sos un drogón. Así cualquiera.

—No tan pibito, ya tengo treinta años.

—¿Treinta tenés? Parecés mucho más guacho.

—Treinta no, tengo veintiocho, pero toy ahí. ¿Ustedes cuántos tienen?

—Yo veintidós y Fernandito creo que dieciséis.

—¿Dieciséis? ¡Mamá! estás en la ruina, Fernandito.

—Qué se le va a hacer, pa. Tengo dieciocho, no dieciséis.

—Tas hecho mierda lo mismo, disculpá que te lo diga así.

—Che, ¿Augusto era tu nombre?

—Agustín.

—¿Agustín, hacemos unos saques más?

—Dale, aprovecho que no tengo que dormir bajo ningún concepto. Sino no llego más con la canción. ¿Tenés moneda vos?

—Se, pa, acá tengo una. Tomá.

—Ya ni la siento. Apuren, muchachos, que allá viene un montón de gente.

—Sí, posta, una banda ¿qué habrá pasado?

—No tengo idea, pero vienen directo hacia acá.

—Guardala rápido o descartá que vienen para acá y encima hay un gil que ta filmando.

—¿Dónde está ése?

—Ahí, ¿no lo ves?

—Tiene una cámara enorme.

—Sí, ahí lo vi, ¿qué habrá pasado?

—¡Ah, no te la puedo creer! ¿Saben quién es? Miren bien.

—Ni idea, ahí veo uno de bigotito que parece el importante. Y hay un pelado al lado.

—Exacto. Uno es Mauricio Macri y el otro es Rodríguez Larreta. Están en campaña, me había olvidado que se vota la semana que viene.

—¿Macri el de Boca?

—Sí, Macri el de Boca, ahora es Jefe de Gobierno.

—Uh, la junta en pala ese.

—Sí, la tiene toda, pero es un imbécil. No sirve para nada.

—Yo soy bostero.

—No importa que seas bostero. Si te digo que es un inútil, hacéme caso. Y si van a votar tienen que votar a Cristina Kirchner. No se olviden. A estos muertos, ni a palos.

—Na, qué vamo a ir a votar.

—Hay que ir a votar, muchachos. Es obligatorio, y además no puede ganar la porquería esa de Macri. Mirá, se están yendo para el otro lado porque nos vieron a nosotros. El tipo odia a la gente de la calle. ¿Ves?

—Que haga la suya.

—Quedate tranquilo que la hace.

—Mientras no me joda está todo bien.

—No creo que tenga ganas de jodernos. Pero bueno, muchachos, se alejan un poco más y arranco para lo de mi amigo que tengo que resolver el tema que les comenté.

—¿Nos dejás algo de falopa?

—Sí, tampoco queda mucha. Se las dejo toda. Tomen, y si pueden dejar el vicio, dejen. Es una mierda. Pasame un poco más de vino.

—Dale, locura, aguante. Buena onda. Gracias.

—Buena onda, muchachos. De nada. Lástima este vino horrible, te deja un sabor letal en la boca. Pablo, Fernandito, ha sido un gusto.

—Lo mismo pa vos, Augusto.

—Agustín.

—Bueno, Agustín, saludos, pa. Y suerte con la mina ésa. ¿Cómo es que se llama? Así si la vemos en la tele nos acordamos de tu flash.

—Marion, Marion Cotillard.

—Qué feo nombre. Costillar de cerdo, parece.

—Es precioso ese nombre. Y con vino blanco ni te cuento.

—¿Y el tema que le vas a hacer, lo van a pasar por la radio?

—No sé. Espero que algún día sí. Por ahora, no creo.

—¿Cómo se va a llamar?

—Eso tampoco lo sé. Es poco lo que tengo. Unos acordes menores y alguna que otra idea suelta. Son eso: acordes menores para Marion Cotillard. ¿Qué les parece?

—Que tas re, pero re loco.

—Nos vemos, pa.

—Adiós, muchachos, hasta la próxima.

Terminado el encuentro con Pablo y Fernandito, encarré directamente hacia la casa de Fermín. Pensé: si me ve llegar a esta hora se va a enojar mucho conmigo. De donde me encontraba hasta su casa no hay más de cinco cuerdas, que las caminé prácticamente al trote. Pensé: ¿hace cuánto que no como algo? ¿Dónde está mi celular? ¿Me extrañará mi novia? ¿Mi ex novia?

De repente sentí una brutal puntada en la panza. Bien pudo haber sido un mal movimiento, algo muscular o al-

go causado por el hambre, pero no me detuve en ningún lado y seguí andando con las manos apoyadas en el estómago. Vi pasar, hacia el lado de Avellaneda, cuatro o cinco colectivos repletos de hinchas de Independiente. Jugábamos con Vélez, cierto. Me hubiese gustado estar ahí, en el glorioso estadio Libertadores de América, alentando, pero motivos de fuerza mayor me lo impedían. ¿Marion, dónde estarías? Marion, si supieses que estoy muriendo por vos...

En la puerta de la casa de Fermín, me percaté de haber perdido las llaves. Toqué timbre, una, dos, diez veces. Agotado, exhausto, me senté en los escalones de la entrada y probé a la suerte, que por única vez en dos días, no me iba a fallar.

—¿Alo, diga?

—Rudy, caramelo del cielo, soy yo, Agustín, Agustín Piffie, el amigo de Fermín.

—Ya, señor Agustín, no anda el portero eléctrico, ahorita nomás bajo a abrirle.

—Dios no te abandone nunca, Rudy —le dije.

4

Arremete feroz, ya mal herido.

Al ver la cama hecha y lista para mi osamenta estuve seriamente tentado. Pensé: si me tiro a dormir ahora estoy frito para siempre. Fermín no estaba en la casa, y esto resultó un gran alivio. No tenía ninguna gana de tener que dar explicaciones. Ninguna gana de tener que justificar nuevamente mi historia de amor ante la ceguera de un hombre insensible.

La Rudy era una peruanita hermosa. Joven, alegre, de esqueleto frágil, pero carnosita, de piel trigueña, tensa, suave. Me preparó un té de arándanos y me ofreció comida. Hamburguesas, milanesas, o ensalada de papa y hue-

vo. No quise comer nada, sólo acepté el té para no deshidratarme. Ella también se preparó uno y nos quedamos un buen rato en la mesa de la cocina. Me notó desesperado, paranoico, y me lo hizo saber. Le tuve que contar parte de la historia. Le tuve que contar que mi estado no se debía a una noche de joda, sino que era algo completamente diferente, algo que valía la pena. Por extraño que parezca, fue la única persona a la que no le pareció un desvarío. Después, le dije: Rudy, quiero mostrarle algo.

—¿Qué me va a mostrar?

—Una especie de canción. Necesito su opinión, Rudy de mi vida. Es mi última chance antes de partir. Si no salgo hoy mismo para el aeropuerto, no voy a llegar más. Y eso depende, en gran medida, de la canción que quiero mostrarle.

—Ya, señor, pero al aeropuerto debe de ir otro día.

—No creo que eso sea posible. En la revista lo dice claramente: soltera. Busca recomponer su vida. ¿No le parece que es el momento ideal para ir a buscarla?

—Sí, pero no comprendo a qué tanta prisa, si no se va a ninguna parte.

—Eso no lo sabemos. ¿Acaso alguien tiene alguna certeza en este mundo? ¿No cree que es una señal el haber

encontrado esta revista en plena calle, de pura casualidad?

—Sí, pero, Agustín, usted está muy drogado, así no puede ir a buscar a nadie. Nomás que se le va a parar el corazón arriba del avión.

—Sabina lo dijo hace rato: el amor cuando no muere, mata.

—Ya, ¿pero de qué amor está hablando, Agustín? Si es que ni se conocen todavía.

—Yo sé que ella es la mujer para mí, Rudy. Entiendo que no lo crea y que dude, dado mi estado, de todo cuanto le digo. Pero son cosas que uno sabe y no entiende cómo. Soy una persona sensible, un artista, de estas cosas sé lo suficiente.

—Bueno, pues, si tan seguro está, duermasé un rato, dese un baño, coma algo, y nomás se despierta ahí sale a buscarla.

—Dormir es perder el tiempo. Todavía no sé cuánto sale el pasaje a Francia, ni dónde me voy a poder quedar allá.

—Pero, Agustín, que tiene la cara muy mala, mucha ojera, así no puede estarse en ningún lado. Le va a agarrar la fiebre, la gripe, y se va a estar en cama toda una semana.

—¿Sabe lo que pasa? El amor me pasó por encima como lo haría un tren. Estoy en la ruina, pero soy una persona acostumbrada a pelear. Pelear: la historia de mi vida.

—Vale, pero relájese, hombre, muy acelerado. Pausa. ¿No quiere darse un baño? Acá sale que muy linda el agua.

—No, Rudy, le agradezco infinitamente. El té está muy bueno, pero no puedo seguir perdiendo el tiempo. ¿Qué le parece si le muestro la canción?

—Ya, que le oigo, me gusta la música.

—Es lo que quería escuchar. ¿Me podría traer el bajo? está en la habitación, como no puedo enchufarlo, ando sin el amplificador, voy a tener que tocar acá, en la cocina, donde la acústica pareciera ser mejor.

—Si usted lo dice, vale, le traigo.

—Muchas gracias.

—No pesa tanto.

—Empieza a pesar después de la cuarta cuadra. Ahora sí. Escuche atentamente, cierre los ojos, déjese llevar y dígame qué le parece.

—.....

—.....

—Ya, es una canción muy hermosa, señor Agustín. Triste, como usted.

—Repita lo que acaba de decir.

—Que es una canción muy hermosa, y que es triste, como usted, que se lo ve triste.

—Rudy de mi vida, no sabe cuánto la quiero. Gracias, muchísimas gracias.

—No agradezca tanto, que de verdad me gusta. Si no conocía esa música.

—De nuevo, gracias. De no estar tan drogado, le haría el amor. Pero no puedo.

—Que no, que el Fermín se enoja mucho si alguien se propasa conmigo.

—¿Usted qué relación tiene con Fermín?

—Yo le hago la limpieza y cocino y ya, le bajo a entregar las cosas del negocio.

—¿Usted vive acá?

—Sí, vivo con él hace cosa de un año, ya.

—Y disculpe que me entrometa, ¿pero él tiene relaciones con usted? Sabe a lo que me refiero.

—Ya, que esas cosas no sé si decirle, Agustín.

—Entiendo, Rudy. No se preocupe. Fermín es un amigo, pero usted está más buena que comer pollo Track con la mano. Quédese tranquila que me voy a portar bien.

—Vale, le creo, pero metasé a la cama, le digo, está muy lastimado.

—No, imposible. ¿Tiene hora?

—Son cuarto pasadas las cuatro.

—¿No me estará haciendo una broma?

—Que no, hombre, mire, ahí nomás tiene el reloj.

—¡Me cago en la re putísima madre! ¿Cómo puede ser, Rudy? ¿Fermín a qué hora vuelve, tiene idea?

—Que no. Cuando el Fermín sale nunca dice a qué hora vuelve.

—Ayer me invitó a ver un partido a esta hora, debería estar acá. Mierda. A ver, ¿me pone un poquito la tele para ver cómo va el partido?

—Ya, ahorita le pongo.

—Mierda, gol de Vélez. Ese uruguayo puto nos vacuna siempre... ¿Usted de qué cuadro es?

—Yo, de la Alianza Lima.

—¿Y acá en Argentina?

—No, acá nada, no veo el fútbol.

—¿Vio que ganó Ollanta Humala las elecciones la semana pasada? Es presidente de Perú.

—Sí, cómo no voy a ver, si hasta le fuimos a votar con la mami.

—Me parece perfecto, Rudy de mi vida. Pero lamento informarle: me tengo que ir ya mismo. Tengo que dejar esta casa y salir en un taxi para Ezeiza. Antes voy a pasar

por el cajero automático. Sin bañarme, sin dormir, sin nada, me voy con mi bolso y la ilusión a cuestas.

—Vale, hace mal, pero ya le dije muchas veces. Cuídesé mucho, ¿sí?, y no ande dando vueltas que le va a agarrar la...

—Ya me lo dijo, Rudy. En serio, no me va a pasar nada. Pero necesito pedirle un favor.

—Ya, ¿de qué va la cosa?

—Se lo pido y entienda. No me repita que estoy mal y que me voy a morir y que la gripe ni nada, ¿estamos?

—Vale, le oigo.

—Necesito un poquito de droga, sino me voy a caer dormido y ahí sí voy a estar en problemas.

—Que no, señor Agustín. La droga del Fermín es de él y le tiene bajo llave.

—¿Y usted no tiene la llave? Si vive acá y trabaja para él.

—No, esa llave no le tengo. Solo las de la puerta y las de abajo.

—Voy a tener que creerle. Estoy en el putísimo horno. Pero tengo que despedirme. Fue un gustazo, es una gran mujer.

—Ya, vale, lo mismo usted. Buen hombre. Cuídesé, Agustín, no se ande en la mala.

—En absoluto. Me voy a cuidar. Rudy, usted es la virgen María.

—Que ni tanto.

—Que sí, mujer. Entiendo de estas cosas. Dígale a Fermín que le agradezco mucho su hospitalidad. Es un amigo de hace mucho años. Y lo felicito por el caramelo que se está comiendo. *Say hello to my little friend*. Él me va a entender. Ahora sí, es hora: Francia me espera. Adiós, *killer* del Perú. ¿Baja a abrirme?

.....

Otra vez en la calle, mi mundo empezó a desplomarse. Alguien, algún hijo de puta, estaba bajando el telón de la función conmigo todavía sobre el escenario. Quise buscar un taxi, pero me resultaba imposible ver con nitidez, comprender de qué iba la cosa en el reino del Señor. Pensé: Rudy, por qué no te habré hecho caso. Dormir, bañarse, dormir. La gente pasaba a mi lado como fantasmas en una película de terror. La película de mi propia vida. Un terror frío, sin sangre. Adentro del estómago tenía una orquesta de músicos tocando Paganini al mango. Si no me estaba muriendo, estaba haciendo algo parecido. Algu-

nos transeúntes me miraban, no a la pasada, sino que se detenían a escrutarme, pero no me salía una sola palabra. No podía, por ejemplo, decirles: “Tranquilos, estoy bien, no pasa nada. En breve me verán en los noticieros como el novio argentino de Marion Cotillard. No se preocupen, buena gente, esto es una indigestión pasajera”. Ya no era dueño de mi propia autonomía. El bajo me estaba doblando la espalda y el bolso levitaba bajo mi mano derecha. Caminé poco, pero caminé. Eso lo recuerdo. Llegué hasta una esquina muy transitada, con autos y colectivos que iban y venían en ambas direcciones, una esquina que me dio mucho miedo. No quise cruzarla, pero no sólo eso. No quise saber nada de nada. No pude, amigos, porque Agustín Pifie había deshabitado ese cuerpo inanimado, ese cuerpo al que ahora volvía.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Abrió los ojos! ¡El hijo de puta abrió los ojos! —gritó, salvaje, mi hermana.

—¡Dios, María, José, y todos los santos! ¡Agustín, estás de vuelta! Hijo mío, hijo, hijo, estás de vuelta ¡gracias a Dios!

—¡Doctor, doctor! venga que se despertó, ¡está vivo, se despertó!

—Por Dios, ¡qué milagro! hijo mío, ¿cómo pudiste hacernos esto? Qué milagro, ¡dos días con el corazón en la boca! hijo, me vas a matar de un infarto. ¡Gracias a Dios que estás acá!

—¿Dónde, dónde estoy, mamá?

—En el Hospital de Clínicas, hijo. ¡En el Hospital de Clínicas! ¿Qué hiciste, Agustín, cómo pudiste hacer algo semejante?

—¿Qué fue lo que pasó?

—¡Qué fue lo que no pasó, hijo! Te encontraron el viernes a la noche tirado en una esquina, todo destruido. No puedo ni decirlo. Y llevás dos días internado, ¡en coma alcohólico y con una sobredosis de cocaína! No te nos fuiste porque Dios es grande...

—No puedo creer lo que me estás diciendo, mamá. No lo puedo creer.

—Es así, hijo, como te lo digo, así, preguntale a tu hermana cómo estabas el viernes cuando llegaste acá.

—Sí, Agustín, ¡esta vez te fuiste al carajo! Pensamos que te morías. Mamá no pudo dormir nunca, casi la internan a ella y yo también casi me muero. Hiciste un papelón horrible, inentendible. Vinieron tus amigos, el tío, la tía, todos estuvimos rezando por vos. ¡Lo peor es que nadie te había visto, nadie supo decirnos dónde habías estado!

—No puedo creer lo que me cuentan. Me da una vergüenza infinita todo esto. No sé que decirles, creo que no puedo decir nada, ni perdón.

—¡Claro que podés decir algo! Podés decir que nunca más vas a hacer una cosa semejante. ¡Nunca, nunca jamás! Es lo único que te pido, ¿te querés morir? Sos joven, hermoso, tenés talento, ¿cómo te vas a arruinar la vida de esta manera?

—Tenés toda la razón del mundo. No entiendo lo que me pasa a veces. Tengo mucha vergüenza de mí mismo, no quiero hablar más por ahora. Entiendan que no caigo.

—No, ahora tenés que relajarte, que descansar y que recuperarte, tomarte unos días para estar bien, pero no creas que no vamos a hablar de este tema más adelante. Así no vas a seguir. Estuvimos hablando con tu mujer y sólo te vamos a dar una única oportunidad. Sino, querido, te internamos en una granja.

—Hablando de ella. ¿Dónde está? ¿Sabe de todo esto?

—¡Cómo no va a saber! La pobre se descompuso, estuvo con vómitos, y ahora, no harán veinte minutos se fue para su casa a bañarse y tratar de dormir un poco. Lleva dos días sin dormir, igual que nosotras.

—Qué papelón, mamá. No saben lo que me arrepiento. ¿Dos días llevo así?

—¡Casi dos días en estado de inconciencia total! Nunca reaccionaste. En un momento dado balbuceaste algo, pero no percibías ningún estímulo. Nada. Cero. Eras un ente borracho y drogado sobre la cama de este hospital de mierda. Tal como lo escuchás. Te salvó ese corazón tan fuerte que tenés. Igual que tu padre.

—Increíble. De verdad, no lo puedo creer. Si pueden, algún día, perdónenme, porque nunca más voy a hacer una cosa así.

—No te podemos perdonar esta, Agustín. Al menos no por ahora. Por mucho tiempo no te vamos a perdonar. Pero prométeme, jurame por mi vida y por la tuya que vas a buscar trabajo, vas a aflojar con las salidas, y vas a cuidar a esa hermosa mujer que tenés al lado. ¡No podés seguir viendo así!

—Lo juro. Lo juro. Lo juro. Me van a hacer llorar. ¿Le avisaron que ya estoy bien?

—Tu hermana salió a llamarla, porque acá adentro no hay señal. Pero ahí me hace señas de que no atiende, debe estar durmiendo, debe estar muerta de cansancio la pobre. Lo que la hiciste sufrir. No entiendo cómo pudiste...

—Lo sé. Voy a tener que replantearme demasiadas cosas estos días. Y no me mires tanto a los ojos, mamá, que me da vergüenza.

—Y tiene que darte. ¡Cómo no te va a dar vergüenza! No es para menos, estas cosas una las ve en la televisión, en las películas, y jamás cree que le van a pasar. Cuando me despertó el teléfono de casa el viernes...

—No sigas, mamá, por favor. Ya vamos a hablar, en serio, pero ahora siento una culpa gigante, y lo único que quiero es llegar a casa y comer, dormir. ¿Cuándo me van a dar el alta?

—El médico dijo que te van a hacer los últimos chequeos, pero probablemente hoy, en unas horas, o a más tardar mañana. ¿A vos te duele algo? ¿Te sentís bien?

—Me siento perfecto. Tengo muchísimas ganas de irme.

—Hay que esperar a que lo digan los médicos. ¡Gracias al cielo que volviste! Recupérate, por favor, vida mía, no puedo creer que estés acá.

—No tengas duda de que me voy a recuperar, mamá. No tengas duda.

—Confío. Confío en vos. Más allá de todo lo que hayas hecho y puedas hacer, yo soy tu mamá y lo voy a ser siempre.

—Lo sé, vieja. Y yo tu hijo. Perdón. Te lo ruego, perdóname.

Pasadas varias horas de haber vuelto a la vida, me dieron el alta. Detesto a los médicos, motivo por el que no me voy a explayar mucho sobre su labor. Además, ¿para qué? si estaba de vuelta, la vida era mía otra vez, me sonreía nuevamente.

Y por mucho, por muchísimo que insistieron mi madre y mi hermana en llevarme hasta mi casa, preferí ir en un taxi, viajar con alguien que no supiese de mi estadía en el más allá e ir, de esta manera, buscando las palabras adecuadas, exactas, para el reencuentro con mi mujer. Y así lo hice. Pensé: Ella seguramente esté durmiendo. Se va a sorprender demasiado de verme en pie. Tengo que tener muchísimo cuidado.

—Perdoname, bebé, perdoname. Acá estoy, soy yo, amor, soy yo. Ya estoy bien, maravilla. —Dije, tirándome encima suyo sobre la cama.

—¿Qué hacés acá? ¿Cómo llegaste, Dios mío, cómo llegaste? ¡Qué locura verte acá! ¿Qué pasó?

—Recién. Acabo de abrir la puerta, recién llego. Te quiero pedir perdón y no sé de qué manera. ¡Volví. Volví!

—¡Pero hasta hace unas horas estabas muriendo en el hospital! ¿Cómo estás acá? No entiendo...

—Me desperté, abrí los ojos, entendí todo. Mamá me contó que estuviste allá, cuidándome, y que te viniste a casa. Ni bien me dieron el alta vine a buscarte. A verte a vos, amor de mi vida.

—¡Esto es increíble! ¡Qué locura todo lo que está pasando! No te puedo explicar lo que sufrí, las cosas que me pasaron por la cabeza en 40 horas. No sabés, no te das una idea, fue terrible, terrible en serio, menos mal que estás acá, porque no estoy lista para perderte, Agustín, no estoy lista...

—Lo sé, creeme, lo sé. Yo tampoco me hubiese perdonado jamás el perderte y menos que menos por ser tan inconsciente, tan pendejo, tan irresponsable.

—¡Qué barbaridad! ahora sí que te fuiste a la mierda hasta el fondo. ¿Qué fue lo que hiciste el viernes? Dejaste el celular cargando acá en casa. Te llamé, te llamé mucho y estaba acá, ¡apagado! Ya desde ahí que no pude dormir. Después nos avisan que estabas en la guardia del Hospital de Clínicas, ¿cómo puede ser?

—Amor, en otro momento te explico todo, te doy mi palabra. En otro momento. Y tampoco es que recuerde tanto. Sé que salí, fumé, tomé falopa, no sé cómo llegué a

ese estado. No había nadie conmigo. Hoy por hoy no puedo decir más que eso. Quizás, a medida que pasen los días, recupere la memoria. No sé. Ahora la cabeza me da vueltas si la esfuerzo. No te enojés...

—¿Pero te parece tener que hacer algo así, llegar a tanto? Te lo digo siempre, Agustín, ¡tenés que mejorar esta vida que llevás! ¡No podés estar todos los días en casa, durmiendo hasta tarde, fumando porro y prometiendo componer canciones que nunca componés! Hay que trabajar, buscar algo en lo que gastar el tiempo. Esto que pasó no fue gratis, te tiene que servir para algo, para que cambies radicalmente tu manera de vivir, siempre con minitas, siempre tomando alcohol, ¿entendés que tenés que cambiar? ¿Lo vas a hacer?

—Creeme, y te lo pido por favor, tenés que creermelo: voy a cambiar. Me importa una mierda haber salido recién de una internación. Voy a cambiar y lo voy a repetir hasta que no me quede saliva en la boca. Mañana me despierto y te hago el desayuno. Es el principio del cambio. ¿Te parece?

—No, amor. Tenés que descansar ahora, en serio, no pienses en mí, va a dar para mucho este asunto. Con toda la gente que se preocupó por vos, familiares, amigos, si se

llegan a enterar que saliste se van a venir para acá, no van a dejar de llamar...Mucho reposo, tranquilidad.

—Tenés razón. Ahora lo único que me interesa es que estés bien. Que creas en mí. Me voy a recuperar, me siento realmente bien. Apenas me duele la cabeza y el cuerpo, por la falta de movilidad, pero nada más.

—Yo te voy a creer y te voy a dar una oportunidad más. Porque el amor que siento es realmente inmenso y sincero. Sino no estaría acá, llorando como una loca y dando gracias al cielo porque volviste. Pero vas a tener que esforzarte mucho esta vez. Mucho de verdad. Agustín: es la última que te perdono.

—Vos quedate tranquila, preciosa, que yo te doy mi palabra, como que me llamo Agustín Pifie, que no va a volver a pasar nunca más una cosa así. Sentir la muerte tan de cerca te hace aprender mucho sobre la vida, te orienta. Estar de vuelta es una experiencia muy heavy.

—Qué bueno por un lado, y qué lástima que hayas tenido que llegar a eso para darte cuenta. Con todas las veces que te lo advertimos...

—Lo sé. Pero esta vez no tengo margen de error. O cambio, te valoro y me valoro, doy otro sentido a mis días, o me pierdo para siempre de la hermosa mujer que tengo

y de la gran vida que juntos podemos tener. Soy plenamente conciente de lo que hay en juego.

—¡Qué bueno que estés acá! ¡Hijo de puta, cuánto te amo! Pensé que te morías. Pensé que te ibas a morir. Estuviste muy cerca.

—Estuve cerca, pero acá estoy. Enterito para vos.

—De verdad, pese a todo, éste es el día más feliz de mi vida. Es re loco lo que pueden cambiar los estados de ánimo de una persona en cuestión de segundos. Qué felicidad... mirá, hay media docena de empanadas que pedí cuando vine pero no pude ni comer del sueño que tenía. ¿Querés que te las caliente? Estás muy flaco, se ve que con el suero adelgazaste.

—¡Empanadas! Nada me puede venir mejor en este momento que unas buenas empanadas de carne calientitas.

—Tu comida favorita, desde el año cero. Ah, escuchame, te hago una pregunta. ¿Estando en coma, uno tiene idea de algo, se percibe, aunque sea mínimamente, no sé, cualquier boludez, o es como todos dicen, que sos un vegetal?

—Yo, la verdad, no recuerdo nada de nada. Absolutamente nada. Deduzco que lo del vegetal es cierto.

—Claro. Debe ser así entonces. ¿Sabés por qué te digo? Porque en un momento dado que te agarré la mano creí que decías algo de unos acordes. No sé si estoy segura, pero ésa es la palabra que me parece haber escuchado.

—¿Acordes? Realmente no tengo idea. Puede que mi inconsciente haya estado trabajando en alguna canción. Viste cómo somos los artistas, la seguimos peleando incluso después de muertos.

—¡Ay, santo cielo, ustedes los artistas...! Pero bueno, qué alegría que estés de vuelta en casa. Parece mentira que hayas zafado. ¡Sos increíble! Y decime... después de comer, ¿querés ver una película y nos dormimos abrazados?

—Sería genial ver una película con vos, amor.

—Hagamos eso entonces. Hoy, como premio, te toca elegir a vos. Pero nada más porque soy buena.

—Ningún problema, lindura. No sé cuál puede ser. Yo diría alguna en la que actúe esta mujer, eh, cómo se llama... ah,... Marion Cotillard, esa.

—¿Marion Cotillard? ¿Cuál es, la francesa?

—Sí, la francesa.

—Es divina esa mujer.

—Es divina, talentosa, y también dicen que trabaja muy, muy bien. ¿A vos qué te parece?

Buenos Aires, 8 de junio de 2011

Gracias a:

Dolores, mi mujer y primera lectora, por su ayuda en la corrección y su paciencia infinita durante los pocos y larguísimos días de la escritura de este libro.

Roma García, Martín Loureiro, Nacho Cerói, Mari Gimeno, Pato Roth, Agustín Alió, Ale Villa, Guido Luppi, Ariel Paulo, Germán Morales, Sebi Basteiro, Emiliano Lorenzo, Mono Garate, Juampi de Felice, Pichi Pereira Pizzini, Hernán Gatica, Fran Mauas, Vicente Saadi, Javo Kupinski, Rodrigo Rabanaque, Majo Garat, y Celeste Podes-tá, por el aguante de siempre y *la larga risa de todos estos años*.

Matías Reck y Diego Arbit por el cuidado de la edición.

Leonel Romero Silva, por creer en mí.

Los amigos de *Guardia con la joven*, Tom Maver, Fede Ladrón, y Enzo Maqueira, por la militancia literaria y las pasiones comunes.

Club Atlético Independiente, por su gente, por su envidiada grandeza.

Y muy especialmente a mi vieja, Analfa, por los huevos que le pone. Gracias, *again*, a todos ustedes. Nos vemos pronto.

G.U

Coediciones)el asunto(- Eloisa Cartonera - MDG - nulú bonsái - Cospel - No hay vergüenza ediciones - Leer y psicoanalizar - Jakembó - Felicitá Cartonera.

POP BIZARRA (7)

Emiliano Correia, La Fórmula de la fantasía, Milena, 2007.
Sebastián Matías Oliveira, Presente Gourmet, Milena, 2007.
Mariano Quiroga, Canciones, Milena Caserola, 2007.
Andrés Kilstein, Moloko Velloctet, Milena Caserola, 2007.
Mayra Jazmín Lucio, Amanecer Oscuro, Milena Caserola, 2008.
Silvana Gangi, Lorena, Milena Caserola, 2008
Esteban Yañez, Sonría, Milena Caserola, 2008.

ARTE (9)

Christian D. Marelli, Políticamente In Correcto, Milena, 2007.
Sebastián Kirzner, Axiomas Nocturnos, Ilust.: **Chelo Candia**, 2008.
Madame Barfly - Muertita dibujante, Sorbos de locura, Milena, 2009.
Espino - Riera, Los síntomas del mono, Milena, 2009.
Nico Pesin, Grabados / Engravings, Milena Caserola 2009.
Francisco Ocampo, En Helsinki, Ilust.: **Lino Divas**, Milena, 2009.
Ojo Canibal, Libro Caset, Milena Caserola, 2010
Luis Alberto "Merluza" Juárez, Vicente Nario, Milena, 2010
Christian D. Marelli, Materia Gris, Milena Caserola, 2010

POESÍA POESÍA (36)

Miguel Ángel Peñarrieta, La voz del coagulo espera, 2006.
Sebastián Matías Oliveira, Todo texto debe autovalerse.
Mariano Quiroga, formas de morir, Milena Caserola, 2008.
Emanuel Alegre, Cuaderno de apuntes, Milena Caserola, 2007.
Adrián Bechelli, Poemas para volver a mí, Milena, 2008.
Juan Xiet, Metástasis, Milena Caserola, 2008.
Javier Leal, Bitácora de un tiempo, Milena Caserola, 2008.
María Adelina Cammarano, Ego Fusión, Milena, 2008.
Maru Paii, este viento que pedalea por mí, Milena, 2008.
Ioshua, Peq. antología de poemas contemporáneos, Milena, 2008.
Favio Gabriel Kobielsuz, Free Shop, Milena Caserola, 2009
Grau Hertz, La otra campaña, Nulú Bonsái, Milena, 2009.
Iván Quiroga, La violencia de los pájaros, Milena, 2009.
Juan Senach García, La Noche líquida, Milena Caserola, 2009.
Leonor Fariás, La hembra, Milena Caserola, 2009.
Luciana Siguelboim, la prologal, Milena Caserola, 2009.
Patricia González López, Indecible, Milena Caserola, 2009.
Sofía Luppino, masticádoME, Milena Caserola, 2009.
Stella Maris López, Vivencias, Milena Caserola, 2009.
Agustín Romero, Palabrazos, Milena Caserola, 2009.
Marcos Lizenberg, Luz de Giro, Milena Caserola, 2009.
Héctor Ramón Cuenya, Gore, Milena Caserola, 2009.
<Elih.anna García>, Azules Manzanas, Milena Caserola, 2010

Mariela Pacin, El amor es la guerra, Milena Caserola, 2010
Ariel Presti, Poesía Completa, Milena Caserola, 2010
Marat, el infanticida imaginario, Milena Caserola, 2010
Agustín Marcenaro, El bardo de Bubón, Milena, 2010
Juan Ignacio Barragán Fuentes, El libro celeste, Milena, 2010
Juan Ignacio Barragán Fuentes, Poseído, Milena, 2010
Héctor Ramón Cuenya, Dolce Vita, Milena Caserola, 2010.
Roberto Riera, De oreja a oreja, Milena Caserola, 2010.
Silvina Nellar, Sexo, dolor y psiquiatras, Milena Caserola, 2010.
Andrés Boiero, Texas, Milena Caserola, 2011.
Ad Lihn Fand, Embustero, Milena Caserola, 2011.
Pablo Queral, Jazz, Milena Caserola, 2011.
Rosario María Daniel, La mañana impermeable, Milena Caserola, 2011.

REY LARVA (7)

Pecado y Perdón, Milena Caserola, 2008
Milagro Eterno, Milena Caserola, 2008.
Las puertas del viento, Milena Caserola, 2008
Días de vos, Milena Caserola, 2009
Trash, Grau Hertt – **Rey Larva** Nulú Bonsái, Milena, 2009.
El árbol del sueño, **Ix am – Rey Larva**, Nulú,)el asunto(, Milena, 2009.
Sonido Interior, **Eric Thiemer – Rey Larva**, Milena, 2010.

CUENTO - MICROCUENTO - NOVELA (18)

Merluza, Cuentos, 2° ed., Milena Caserola, 2007.
Nicolás Reffray, Del amor y otros atropellos, Milena, 2008.
Nicolás R. Correa, Engranajes de sangre, Milena Caserola, 2008.
Enrique del Acebo Ibáñez, Breviario, Milena Caserola, 2008.
Enrique del Acebo Ibáñez, breves encuentros, Milena, 2008.
Felix Quadros, Comedia, Milena Caserola, 2008.
ignacio spagna, pequeñas victorias, Milena Caserola, 2009.
Julia Ester Lanza, Cuentos breves de historias grandes, Milena, 2009.
Gonzalo Unamuno, El verán de la gente bien, Milena, 2009.
Yair Magrino, Porcelanas, Milena Caserola, 2009.
Cristina Cival, Cuentos Alcohólicos, Milena Caserola, 2009.
Julia Ester Lanza, Todo por ti, Milena Caserola, 2010.
Mariela Puzo, El monte, Milena Caserola, 2010
Diego Herrera, Maten al Croupier, Milena Caserola, 2010
Leib Malaj, La crucifixión de Don Domingo, Milena, 2011
Julia Ester Lanza, Mujeres, Milena Caserola, 2011.
Juan Marcos Almada, Deforme, Milena Caserola, 2011.
Gonzalo Unamuno, Acordes menores para Marion Cotillard, Milena, 2011.

NARRATIVA (13)

Diego Rojas, Temporal, 2° edición, Milena Caserola, 2008.
Mariano Quiroga, Mierda, Milena Caserola, 2007.
Sebastián Matías Oliveira, Suaves Dedos Finos, Milena, 2007.
Agustina Viqueira, Callate Nepalí, Milena Caserola, 2008.

Kasaokupada, GOS, Milena Caserola, 2008.
Mateo Ingouville, Natasha, ernesto y yo, Nulu, Milena, 2009.
Darío L. Estryk, Serendipias, Milena Caserola, 2008.
Favio Gabriel Kobielusz, 1977, Milena Caserola, 2009.
Cesar Guillermo Castro, Obrero Man-El gladiador barrillero, Milena, 2009.
Diego Herrera, Tres Mujeres, Milena Caserola, 2009.
Héctor Ramón Cuenya, Dulces Paralelas, Milena, 2009.
Felipe Herrero, Agua Marina–Otoño y olvido–Bajo Nieve, Milena, 2010.
Ioshua, En la noche, wachodelacalle ediciones, Milena, 2010.

13 LUNAS (5)

Ale Sirkin, El árbol cósmico, 2006.
Alex Portugueseis, El ombú cósmico, Milena Caserola, 2006.
Maximiliano Borovicka, el delirio coherente, Milena, 2008.
Ix Am, Lo único que queda es tratar de expandir nuestra esfera hacia límites inimaginados, Milena Caserola, 2009.
Julián Mur, Universo de luces, Milena Caserola, 2009.

DOBLES - BILINGÜES (3)

Elisabeth Neira, Abyecta – Hard Core Hotel, Milena, 2008.
Rodrigo Domingos, El principio del sopro - O início do assoprado (Portugués/Español), Milena Caserola, 2008.
Patricio Miguel Federico, Tapa – Contratapa, Milena, 2009.

PA COLOREAR (3)

Salvador Jiménez - Merluza Juárez, Los coloridos amigos de Salva..., Milena, 2008.
Micaela Nair Verdún Perazzo, Cuentos, Poesías, Canciones, Milena Caserola, 2010.
Bárbara Molinari, Me duele el pelo, Ilust.: **Delfina Estrada**, Milena, 2010.

CO-EDICIONES CON)EL ASUNTO((17)

Pablo Om, la juventud al poder,)el asunto(- milena, ocio verde, 2008.
Emanuel Alegre, 16 golpes,)el asunto(- milena caserola, 2008.
Antonio O'Higgins, vómito de sangre,)el asunto(- milena, 2008.
Ezequiel Abalos, ida y vuelta a la boca,)el asunto(- milena, 2008.
Luis Alberto "Merluza" Juárez, Necesito Alquilar, mionca, trapos y barrabravas ...)el asunto(- Eloisa Carton - milena, 2009.
Emanuel Alegre, Islas,)el asunto(- MDG - milena caserola, 2009.
Ioshua,)el asunto(- Milena Caserola, 2009.
Pablo Struchi, Locura,)el asunto(- Milena Caserola, 2009.
Galundia Moera, Nada,)el asunto(- Milena Caserola, 2009.
Erroristas, Manifiesto Errorista,)el asunto(- Milena, 2009.
Anahí Ferreyra, Máscara y Vacío,)el asunto(- Milena, 2009.
Analía M. Aguilar, La Rosa de los Vientos,)el asunto(- Milena, 2010.
Comité invisible, La insurrección que viene, Hekht-)el asunto(-Milena, FeEnLaErrata, En el aura del sauce, 2010.
Ezequiel Abalos, Roble,)el asunto(- milena, 2011.
Graciela Amalfi, Des Palabras Armando,)el asunto(- milena, 2011.
Ramiro Ross, De sabihondos y suicidas,)el asunto(- milena, 2011.

Javier Antonio Galarza, Grito Cotidiano,)el asunto(- milena, 2011.
Galundia Moera, Haz,)el asunto(- Milena Caserola, 2011.
Rosario María Daniel, La Mañana Impermeable,)el asunto(- Milena Caserola, 2011.

IMPERFECTAS -)EL ASUNTO(- MILENA CASEROLA (6)
Nat, donde se cuentan algunas cosas,)el asunto(- milena, 2008.
Verónica Gelman, en espiral,)el asunto(- milena caserola, 2008.
Mónica Torres, uvas,)el asunto(- milena caserola, 2008.
Kaudia con K, poemas para vos/z,)el asunto(- milena, 2008.
Mónica Torres, Enero Cristal,)el asunto(- milena, 2009.
Mónica Torres, Bisectriz,)el asunto(- milena caserola, 2009.

IMPENSADOS (3)
Oscar del Barco, El Otro Marx, Milena Caserola, 2008.
Juan Manuel Núñez, Vuestros ochentas, Milena Caserola, 2009.
Peter Pál Pelbart., El hilo de un vértigo. Trad.: **Marta Inés Arabia**, Milena, 2010.

HUMOR – HISTORIETA (8)
Andrés Kilstein, 13 excusas para no comprar este libro, Milena, 2008.
Andrés Kilstein, Esto no es SPAM, [mis mejores conversaciones por medios electrónicos], Milena Caserola, 2008.
Alan Dimaro, **Diego Gainza**, **Niko Battista**, **Iván Franco**, Sr. Valdemar, Milena, 2009.
Andrés Kilstein, Prohibido Fu-Marx, Milena Caserola, 2009.
Tzipe, Humor Gráfico, Milena Caserola, 2009.
Juan Castro, Libro de quejas al destino, Milena Caserola, 2009.
Guimenez-Cuenya, Argentina Superpotencia, Milena, 2010.
Ioshua, Cumbia gei, wachodelacalle ediciones, Milena, 2010.

EN LOS BORDES – LEER Y PSICOANALIZAR - MARX(ITSMOS) (9)
León Trotsky, Su moral y la nuestra, León Sedov: hijo, amigo, luchador, Milena, 2008
Enrique del Acebo Ibáñez, Meditaciones del post-sujeto, Milena Caserola, 2008.
Ramiro Ross, Crónicas desde el Borda, Milena Caserola, 2008.
Héctor Fenoglio, La Telépata, Un psicoanálisis de la alucinación y el delirio, Milena, 2009.
Teodoro Lecman, Freud x Masotta (conceptos, aclaraciones y esquemas de Teodoro Pablo Lecman sobre las clases de Freud por Masotta 1972-4), Milena-Leer y psicoanalizar, 2009.
Nahuel Moreno, Método de interpretación de la historia Argentina. Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa en América, Milena, 2009.
Vías Argentinas (ensayos sobre el ferrocarril), Varios autores, Milena, 2010
Alfonso Carofile, El endemoniado Esteban Lucich, Milena-Leer y psicoanalizar, 2010
Valentina Contino, Prólogo para morder a alguien, Milena, 2010.
Alejandro Esteban García, Teoría del equilibrio de la vida, Milena, 2011.
Teodoro Lecman, Cuestiones de la Clínica, Milena-Leer y psicoanalizar, 2011.

IDEOGRAFIAS (15)
Jeremías Maggi, Subterfugio consentido, Milena Caserola, 2009.
Sebastián Kirzner, Trozos del bloque inicial, Milena, 2009.
Sofía Lino, Historia típica, Milena Caserola, 2009.

Sebastián Kirzner, La Salidera, mc, 2009.
Walter Reich, NTNA [niñotravestinizalien], mc, 2009.
Leonardo Capucci, La estrella feroz, mc, 2009.
3.6.1, Bagrejaponés, mc, 2010
Cristino Bogado, Amor Karaíva, 2010
Diego Mora, Historias de Inodoro, 2010
Max Orioli, Inanedrama, 2010
2017, Nueva Poesía Contemporánea, Tomo I, Milena, 2017
Alejandro Vilas, Atrapado, Milena Caserola, 2010
Sebastián Kirzner, Risperidona, Milena Caserola, 2017.
Andrés Kilstein, De cómo perder lo que nunca se tuvo, Milena, 2010.

DETALLES (2)

Ivana González, Todo habla, Milena Caserola, 2009.
Sebastián Kirzner, La salidera, Milena Caserola, 2009.

TEATRO (2)

Béla Arnau, La Maciel - de todas la más cruel -, Milena Caserola, 2009.
Ignacio Javier Olguín, Puro Teatro, Milena Caserola, 2010.

MANDRÁGORA PORTEÑA (3)

Matías Mauricio, Bandoneón Blindado, Milena Caserola, 2010
Varios autores, **Antangología**, Milena Caserola, 2011
Carlos Echazarreta, El payador entrerriano, Milena, 2011

CIENCIAS SOCIALES Y ANTROPOLOGÍA (1)

Enrique del Acebo Ibáñez, Homo Sociologicus, 2ª ed. Milena, 2011.

LITERATURA PALINDRÓMICA (SORBILIBROS) (2)

Xavi Torres - Pablo Nemirovsky, SobreverboS, Milena, 2011.
Xavi Torres - Pablo Nemirovsky, Miguel de Cervantes, Autor del “Soldado Rod Adlos”, Milena Caserola, 2011.

MINIRRELATOS & MINIENSAYOS (3)

Andrés Pérez Molina, Lascivia Brevis, Milena Caserola, 2011.
Enrique del Acebo Ibáñez, Lo mínimo que te puedo contar, Milena Caserola, 2011.
Andrés E. Peribáñez, Breves historias desnudas, Milena, 2011.

Consiga estos libros en:

Feria del Libro Independiente – FLIA
)el asunto(- www.elasunto.com.ar
MU Punto de Encuentro, Hipólito Yrigoyen 1440

La Periférica – www.la-periferica.com.ar

LIBRERÍAS DE BUENOS AIRES: Lílith, Librería Norte,
Guadalquivir, De la Mancha, Paidós, Antígona, Hernández.

La Libre, Bolívar 646, San Telmo

Librería Crak Up, Costa Rica 4767, Palermo Soho

Libros del pasaje, Thames 1762, Palermo

Otra Lluvia, Bulnes 640, Almagro

El Aleph, Corrientes 4790, Villa Crespo

Librería Fedro - Carlos Calvo 578, San Telmo

Librería de Las Madres, H. Yrigoyen 1584, Congreso

CÓRDOBA:

Librería de Rubén, Dean Funes 163 loc 1

Librería Del ciclista, Caseros 45

ROSARIO:

Homo Sapiens Libros, Sarmiento 829

CHACO:

CECUAL (Centro Cultural Alternativo)

Santa María de Oro 471

MONTEVIDEO:

Librería Puro Verso, 18 de Julio 1199

Librería Lupa, Bacacay 1318 bis

PARIS – Librería Salón del libro,
21 rue des Fossés St-Jacques

ESPAÑA – Canoa Libros

La Gitana distribuye

en: www.distribullalacajita.com.ar



Este libro se terminó de imprimir
en Buenos Aires, Invierno de 2011